



LA MALA ESTRELLA

Frank Díaz

"Sólo con la vida
cesará entre nosotros
la batalla por la
libertad".

José Martí

Aquellos torrentes de sangre, que inundaron los cauces secos de la esperanza, desbordaron las ciudades sometidas, y arrasaron con culpables e inocentes; hoy se han convertido en lagos apacibles, que recorren las calles de los pueblos en ruinas, apagando las cenizas del odio y la revancha. Pero a pesar del tiempo pasado, la memoria no perdona.

CAPITULO 1

Con dificultad logró incorporarse en el lecho, luego se dejó caer por el borde hasta que sus botas hicieron contacto con el suelo y arrastrándolas llegó hasta el cuarto de baño.

Desabrochó el grueso cinturón y los cierres del traje de campaña; el peso de la pistola se encargó del resto. Libre por fin de toda aquella parafernalia, se sentó en el inodoro y respirando con alivio, dejó escapar el contenido de su vejiga atrofiada.

Realmente se alegraba de estar fuera de la cama, siempre la había detestado como lugar para el sueño y más aún desde que los fantasmas de su pasado culpable, se lo negaban. Tampoco era broma aquello que rumoraban, amigos y enemigos, acerca de las propiedades, casi milagrosas, con que obraba el sanitario sobre su intelecto. Allí había desarrollado las ideas más geniales, para la conducción del país. Simplemente le gustaba pensar, envuelto en aquella atmósfera.

Una vez cerrada aquella puerta, sólo quedaban dentro, él y sus sueños. Afuera podían esperar guardaespaldas, ministros, embajadores, altos dignatarios, empresarios inescrupulosos, mafiosos en apuros, periodistas insatisfechos, premios

noveles serviles o aquel montón de pedigüños de oficio, que le perseguían siempre, como una nube de moscas. Por eso prefería estar sentado allí; ahora, necesitaba pensar.

Pero hoy no era su día. El sonido de las explosiones y las sirenas traspasaban, incluso, la profundidad del Bunker, negándole toda posibilidad de concentración. Desesperado, tomó la pistola y comenzó aquel viejo rito de acariciarla, como a una amada incondicional.

Llevaba horas sentado en el mueble de porcelana, o quizás fueran instantes, nadie sabe como transcurre el tiempo, cuando la imaginación se desliza por un laberinto de

imágenes forjadas. Se sentía solo y abandonado. Sonrió por la ocurrencia de una idea, que creyó original: "Era un náufrago, sentado en el retrete".

También eran risibles aquellos adolescentes, que se atrevieron a asaltar el cuartel del ejército y el palacio presidencial; los que se dejaron

torturar y hasta asesinar, para no revelar su paradero. Allí estaban, sin ojos, sin uñas, sin genitales; ejecutados y enterrados como basura al borde del camino, ahora helos a todos frente a él, desfilando, como un pelotón compacto de fantasmas frustrados, y él riéndose a carcajadas.

Se reía de aquellos hombres del desembarco, de los barbudos de las montañas, de los suicidas de la clandestinidad, del ejército de mercenarios sin paga y de los muchos que murieron y seguirían muriendo por él, el Comandante, el Jefe, el poder total. Toda muerte en su nombre era como, una transfusión vital de energía gratuita.

Afuera, en la calle, la multitud coreaba consignas. En la oscuridad del baño los gritos sonaban a murmullos y su mente las magnificaba, como en los viejos tiempos de concentraciones y desfiles militares; pero la esclerosis volvía a engañarlo con sus trampas de espejismos. Claro que él no estaba loco; él sabía lo que hacía.

Ahora la situación se había tornado tan caótica, que se hacía muy difícil convertir la derrota en victoria. En eso pensaba cuando la idea se le extravió en un recodo de sus ilusiones y se devolvió a recordar los tiempos de Gloria idos.

Ellos eran los vencedores y él, su futuro luminoso, la reencarnación de todas las causas nobles, un titán nacionalista que los sacaría del anonimato y los convertiría en noticia diaria.

La caravana avanzaba muy despacio, porque el público reunido a cada lado de las avenidas, les bloqueaba el paso y se agolpaba tumultuosamente en su afán de tocarlo.

Junto a los gritos de júbilo, flamear de banderas invictas y disparos al aire, se lanzaban flores, serpentinas de colores y una lluvia de confetis; todo era fiesta, como carnavales adelantados, como una procesión religiosa. Y claro en esta procesión,

él era el santo patrón del pueblo o mejor dicho, él era Dios.

Su séquito estaba compuesto mayormente, por guerrilleros barbudos y harapientos, unos a pie, otros a caballo y algunos en vehículos expropiados durante aquella marcha vertiginosa, que los había traído desde el Oriente. Todos eran aclamados como grandes libertadores, aún no se hablaba públicamente de venganza, ni la lucha por el poder era visible para la multitud, pero ya se gestaba el nacimiento de una era. Su era.

Para la consumación de sus ideas no bastarían, su personalidad arrolladora, ni su carisma escénico, pero ambos complementarían a su naturaleza cruel, sanguinaria y engañosa. De todas formas él era, el poder absoluto.

Ha permanecido tanto tiempo aferrado al mando, que ya nada lo sorprende y es que siempre supo utilizar en su beneficio, las debilidades ajenas.

Para los "amigos" le bastó una mezcla de privilegios, gotas de poder, complicidad en las acciones criminales de su tiranía, el chantaje o simplemente el terror colectivo a la delación; para "los otros", la cruda y despiadada represión. Con él se estaría en el cielo de su gracia y contra él, en el infierno de sus cárceles y paredones de fusilamiento.

Pero algo se le había escapado de las manos, porque ningún ser o potencia espiritual fue capaz de predecir el fin de su mundo, ni astrólogos, ni cartománticas, ni babalaos, ni espiritistas, ni siquiera su avanzada visión de carroñera oportunista. Ahora había sucedido y la tierra sólida que creía pisar, se agrietaba por momentos y amenazaba con engullirlo.

Nada quedaba ya, de sus otrora incontables amigos y protectores, aquellos que espléndidamente pagaban sus servicios de exportador de revoluciones y carne de cañón, de los hipócritas que le apoyaban

incondicionalmente, de los chantajeados que un día se hastiaron de ser rehenes de su debilidad, de los engañados en su buena fe y de cuanto idiota le sirvió algún día. Todos se lavaron las manos con su revolución y como unapestado, como una pieza de ajedrez, sacrificada en beneficio de la victoria, lo lanzaron al vértice del caos.

Todo desapareció de repente y por esa canallada del destino, quizás ya no muera en su cama de longevo tirano, vestido rigurosamente con su uniforme de gala y con las

botas puestas, como siempre lo tuvo previsto. Pero aún así trataría de cumplir su sueño. Estaba atrapado, mas no vencido.

Si tan solo pudiera huir de la enajenante mirada de éste perro, que le persigue y vigila, acusador hasta en sueños, siempre listo a saltarle encima, al menor síntoma de debilidad, ésta fiera que le muestra su horroroso final, como una pesadilla interminable. Si pudiera escapar de su aliento de muerte, quizás entonces tendría una oportunidad para concluir su obra.

El hilo de saliva, que caía libremente por su barbilla, chasqueó al hacer contacto con la pistola y le hizo despertar de sus cavilaciones, trayéndole de vuelta a la cruda realidad. Pero no, para él aquel salivazo de viejo decrepito, no era una señal para el cambio, aquello solo había sido una gota de sudor, derramada por su frente amplia, en el momento supremo de la creación.

LA PROFECIA

Esperaban estar pronto de regreso. Empujaron con vigor el bote, dejando tras de sí un rastro de serpiente en la arena. Y se hicieron a la mar en la tarde gris.

Había fuerte oleaje, pero los remos y su pericia marinera, pronto les alejó de la orilla. En el horizonte vieron desaparecer la montaña, como si se hundiera en el mar junto a aquel sol rojizo, que daba sus últimos estertores. Tenían que apresurarse y se afanaron por las corrientes del caribe.

Cuando la montaña se les perdió del campo visual, comenzó la llovizna, que dio paso a un fuerte aguacero y casi sin avisar, se convirtió en un diluvio. Pero si perturbadora era la lluvia inesperada, más lo fue el viento que se levantó.

Las olas se sucedían, aumentando la frecuencia y el tamaño. Apenas se podía extraer el volumen de agua, que penetraba en la pequeña embarcación, ésta traqueaba,

como si fuera a despedazarse ante cada choque. El peligro era inminente y la oscuridad total, cuando decidieron regresar. Pero la furia de los elementos se los impidió.

Un abismo se abría debajo del bote a cada momento y las columnas líquidas, que amenazaban con engullirles, alcanzaban alturas inimaginables. Era un huracán. Ya podían considerarse perdidos, con aquello que se les venía encima.

Continuaban remando. Las callosidades de las manos sangraban. Cerca de la medianoche se quebró uno de los remos. El negro, de rodillas, comenzó a rezar. El agua se metía hasta por los poros y les cortaba el aliento. Ahora desaparecían, bajo aquella ola inmensa de más de diez metros, para reaparecer en la cresta de la siguiente.

El bote oscilaba como una cáscara de nuez, dentro del vórtice de la tempestad. Y asumieron con certeza, que les había llegado su último cuarto de hora. Entonces se arrojaron al fondo de la barca y mientras el agua cubría sus cuerpos desfallecidos, sus corazones se juntaron en una plegaria desesperada.

A gritos suplicaban misericordia, pero sólo les llegaba el golpear inclemente del mar, como única respuesta. A cada momento creían morir y eso acrecentaba su pánico y la secuencia de sus ruegos.

El mar y sus corrientes jugaron al azar, durante la noche y la madrugada y próximo al amanecer, amainó la tormenta. Entonces observaron, asustados, el resplandor entre la niebla. Postrados por el miedo y el dolor del esfuerzo, la vieron llegar.

Venía sobre un madero, estaba envuelta en un aroma de flores y su manto permanecía inmaculadamente seco. La paz poseyó sus corazones y todo el cansancio desapareció ante la belleza de aquella imagen tallada, de la virgen con el niño.

El sol se levantó bruscamente y, con todo su esplendor, les mostró su tan ansiada montaña.

Estaban salvados. Con humildad asumieron el milagro y dando gracias al cielo, desembarcaron.

Cuando sus pies se hundieron en las arenas blancas, la llevaban en brazos. No pasaría mucho tiempo para que un país, la llevara en hombros. A ella se encomendarían las generaciones futuras, para gloria de Dios y de un pueblo escogido por él.

Y aunque la imagen se multiplicó en altares religiosos y profanos, nadie vio más allá de los tres hombres suplicantes del bote. Pero era en ellos donde estaba reflejado, el estigma que habría de marcar a una nación.

CAPITULO II

La goleta avistó tierra muy temprano en la mañana. La travesía desde la costa Africana había sido trágica. No sólo habían perdido parte de la tripulación sino que, para colmo de males, el preciado cargamento fue sensiblemente menguado por las fiebres. Aún así, la ganancia se redondearía con la calidad de los negros sobrevivientes. Todavía la trata de esclavos era el negocio del siglo.

Tendrían que reanimarlos, porque eran casi cadáveres, pero para eso estaba la comida fresca, el aguardiente y el cuero. Luego la subasta y a comenzar de nuevo.

Las ratas devoraban el cuerpo sin vida, del hombre al cual estaba atada, pero su extrema debilidad le impidió gritar. Pensó que también ella moriría y en realidad, eso era lo que deseaba.

El ruido de cadenas arrastradas, la devolvió con ferocidad al mundo de los vivos. Habían comenzado a sacarlos. El cuero se hacía sentir implacable, en los miembros entumecidos y cada traspie era premiado con una dolorosa caricia, de la que era casi imposible escapar.

Luego estaba la otra tortura, el sol. Era un sol inclemente que hería los ojos y nublaba la razón, por eso caían sobre la cubierta del barco, a medida que iban saliendo.

Con el látigo los espabilaban, en medio de aquella ceguera transitoria, para luego arrojarles baldes de agua salada. Era una tarea ardua quitar las huellas de tan largo viaje, porque el ensortijado vello se resistía a soltar los restos de excrementos, vómitos y sabandijas que en él se alojaban. Seguidamente abillantaron con ceniza, las dentaduras de aquellos seres temblorosos y los bajaron a tierra en orden de a diez.

Las cadenas y grilletes iban desde el cuello a las manos y de un cuerpo a otro. En perfecta formación fueron alineados, sobre las finas arenas de la playa. Después los separaron, hombres a un lado y mujeres y niños al otro. Cuántas veces volvería a repetirse esta escena. Por lo pronto, la próxima ya estaba preparada. Era la subasta.

El también vino en barco, un barco que apestaba a orín de ratas y a sudor agrio de axilas. Tenía ocho años, aunque aparentara doce y ni la mala travesía pudo cambiarle el sueño de un regreso triunfal, sin embargo Antonio no imaginaba que había llegado para quedarse. De aquella época de su vida, solo recordaba las palizas constantes, el hambre perpetua y una madre, que de seguro había muerto con la interrogante de su paradero.

Pero todo pertenecía al pasado, un pasado oscuro y turbulento que deseaba olvidar, pero que únicamente borraba el aguardiente. Aún así, no era lo más importante, lo que valía era el presente y

el presente pertenecía a Don Antonio Carvajal y Velásquez, el hombre más rico y poderoso de toda la zona. Tan rico que podía darse el lujo de escoger siempre, la mejor mercancía.

Todos iban por el trillo de monte, al paso lento de una carreta tirada por una pareja de bueyes. Continuaban encadenados, pero el grupo ya se había reducido y su situación había cambiado drásticamente. Ahora tenían dueño.

Llegaron al mediodía a la hacienda y todo ya estaba previsto. Personalmente Don Antonio había supervisado la operación de compra y traslado de la nueva dotación. Ahora impartía las últimas instrucciones, mientras se quitaba el polvo del camino.

Ella fue separada del grupo y dos esclavas la llevaron dentro de la casona, la bañaron y le dieron de comer. Pronto, rendida por el cansancio y los malos tratos, se durmió echada en un rincón.

Se despertó cuando quitaron el candado, se descorrieron los cerrojos y se alzaron las cadenas. La tenue luz de unas velas, espantó las tinieblas de una noche avanzada. Frente a ella, el recio cuerpo del amo se agigantaba, en múltiples sombras de fantasmas

danzantes. Aquel torso desnudo, con músculos de fiera y respiración ardiente, le hicieron presentir algo terrible.

El hombre le tendió la mano, como una amenaza, y prácticamente la izó del tibio suelo, para luego derribarla sobre el camastro. De un zarpazo le despojó de la magra vestidura.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, erizándole la piel como un cactus. Su corazón casi dejó de latir, cuando aquella garra salvaje derrumbó sus bosques, aplastó las murallas de su inocencia y se lanzó, como un ariete, contra la plaza sitiada.

Al sentir el contacto entre sus piernas, mientras el techo giraba y la tierra se hundía, sus pulmones estallaron en un grito de dolor.

Toda la hacienda avergonzada, lo escuchó, la dotación silenciosa, las máquinas del trapiche, las bestias y hasta los anónimos cañaverales. Todos fueron testigos del monstruoso alarido.

* * *

Nueve meses después de ser violada por primera vez, la esclava sentía los rigores del parto. La adolescente temblorosa, gritaba y se arqueaba a cada contracción.

En el duro trabajo de parto, era asistida por la comadrona de la dotación y algunas esclavas del servicio doméstico, acostumbradas a estos menesteres.

La joven no cesaba de llorar y retorcerse, mientras la partera imploraba a lejanos dioses que, en sus nuevas configuraciones de santos y vírgenes, atestaban el ruin cuartocho.

La negra rolliza, vestida toda de blanco, daba insistentes chupadas al tabaco que mordía entre dientes, y mientras recitaba sus plegarias, unía las palmas de las manos ante cada santo. Las cuentas de colores que pendían de su cuello, en laberínticas vueltas, eran apretadas por sus expertos dedos, suplicando ayuda a las siete potencias, para que no se malograra su oficio.

La atmósfera del cuarto se había saturado con el humo de los velones de cebo, el olor rancio de las ofrendas y el aguardiente pródigamente escanciado, pero sobre todas las cosas con el miedo, un miedo que casi se podía tocar.

La parturienta se revolcaba en el lecho y sus gemidos se escuchaban en toda la plantación. Ya próxima la madrugada, sintieron el llanto de la criatura; había nacido José María, un niño de sangre mezclada, pero esclavo todo él.

Después del parto comenzaron las fiebres. Cuando llegó el amanecer cesaron las convulsiones y con ellas, la vida de la madre esclava. Con el cuerpo caliente aún, la enterraron en el cementerio de la dotación, a un costado de la capilla del trapiche.

Don Antonio puso al pequeño, en las manos de la negra Jacinta y haciendo mucho énfasis en su cuidado, le ordenó la lactancia del recién nacido. A la corpulenta ama de leche, le pareció notar cierto tono de dolor en la orden y hasta creyó ver una brillantez extraña, en los ojos de aquel hombre terrible.

Aquel niño habría de crecer entre los plantones de caña, los sudores de las bestias de carga, los perros rastreadores, los grilletes, el cepo y los gritos de dolor de los azotados, soportándolo todo, como un esclavo más.

Y pasaron los años, tan rápidos, como un abrir y cerrar de ojos. Un día aquel niño se convirtió en hombre y también un día, el destino se le atravesó y tomó las riendas de su vida.

* * *

En el barracón mandaba el Congo Tomás. Era un negro gigantesco traído de África, un portentoso semental del cual Don Antonio se enorgullecía. Lo había eximido de todo trabajo, que no fuera el de preñar negras. En pago a estos beneficios, el negro se convirtió en el más servil de la dotación, capaz hasta de matar por su amo cuando éste se lo pidiese.

El negro Congo superaba al mandinga en edad y estatura, pero José María lo compensaba en coraje e inteligencia, quizá por eso se respetaban mutuamente. Pero llegaron los carnavales.

Como cada año, el amo dejó que la negrada se divirtiera y para ello les dio el día libre y aguardiente en abundancia. Los tambores comenzaron a sonar, al caer la tarde y así se inició la fiesta.

Danzaban frenéticamente, mientras el alcohol imprimía una absurda velocidad, a la ejecución de sus movimientos. Las contorsiones de los bailarines se hicieron más provocativas, a medida que avanzaba la noche. Pronto, hombres y mujeres se mezclaron en una masa compacta, donde se yuxtaponían miembros, tambores y machetes amenazantes. El sudor corría por los cuerpos semidesnudos, que volvían a su primitiva naturaleza de fiera nunca cazada. Se olvidaban del cepe y del cuero, para ser como antes fueron en su lejana y añorada África. Libres.

En medio del baile comenzó la pelea, nadie supo con certeza qué la provocó. Algunos dijeron que el Congo se burló de José María, sacándole en cara su color desteñido; otros, que había intentado arrebatarse aquella negrita fina, con la que últimamente habían visto al mandinga. Lo cierto es que Tomás había iniciado aquella riña.

El Congo golpeó primero y el mulato rodó por tierra. Entonces todos hicieron un ruedo y ante la mirada ebria del Mayoral, que sinceramente lo creyó parte del baile, se inició la sangrienta pelea.

Los golpes se sucedían y todo hacía pensar, que José María sería una presa fácil para el agresor, que descargaba furioso y con una potencia asesina, los mejores puñetazos.

Con dificultad el mandinga se incorporó del suelo y vacilante aún, acertó colocar su puño de hierro, en el rostro del negro Tomás que, perplejo, se tambaleó. Fue este pequeño momento de incredulidad el que le costó la pelea.

Como mazos, fueron chocando las manos cerradas, contra la mandíbula del congo Tomás hasta que, por fin, cedió; sus músculos se distendieron, las piernas se le doblaron y cayó fulminado, como por un rayo, para no levantarse jamás. Entre sus excrementos y con la cara hundida en el polvo, encontraron el cadáver del congo a la mañana siguiente.

Ya la dotación estaba reunida y por la gravedad del problema habían despertado a Don Antonio que, en bata de dormir y con el rostro lívido por la resaca y la rabia contenida, preguntó con voz temblorosa:

_ ¿Quién me lo mató?

Los esclavos callaron, hundieron sus barbillas en el pecho y se prepararon para el inevitable

castigo, sin embargo, una respuesta quebró el silencio y el miedo:

_ Yo.

Don Antonio se resistió a creerlo. Deseaba que fuese mentira, pero no, allí estaba José María, desafiándole, creyéndose inmune a toda responsabilidad. Allí, delante de él, se erguía su semilla, la mala semilla rebelde de un gigante mandinga fuera de control. A una señal de su mano, los peones lo ataron al poste de torturas y a otra señal, le desgarraron la camisa. Entonces Don Antonio, pidió el látigo y comenzó el castigo.

Por cada azote saltaba la piel, dejando en su lugar un pequeño riachuelo de sangre, que corría libremente hasta los bordes del pantalón.

_ Uno, dos, chasquea el látigo, tres.....

"Es una madrugada fría, no ha podido dormir por la tos asmática de su padre, ahora lo único que desea es que su madre lo cubra con algún trapo; porque el mal tiempo se le esta metiendo en los tuétanos y ya le castañean hasta los dientes.

Ya la oye llegar, su falda roza la cabeza del perro echado en un rincón y el animal gruñe molesto. Siente que ella está a su lado, contemplándole, a punto para extender la mano y hundirla entre sus cabellos, pero la mano solo lo sacude por el hombro y lo insta a despertar.

Dando traspiés va a orinar, a la raíz del naranjo, las gotas de rocío helado le pegan en el rostro y le hacen estremecer. Se enrosca la bufanda, de forma tal que únicamente queda fuera los ojos afiebrados por el mal dormir.

Como sonámbulo arrastra los pies por entre la hierba crecida, hasta casi darse de bruces con la jarra de leche de cabra y el mendrugo de pan, que le extiende su madre. Y mientras bebe afanosamente, siente la mano áspera que acaricia el óvalo de su cara.

Aún no se ha despejado la niebla y de nuevo a pastorear el exiguo rebaño de ovejas. Siempre vagando, siempre solo, siempre pensando, siempre con hambre, con frío y con mucho sueño. Pero ya tiene un refugio seguro y hacia allí empuja las cuatro ovejas.

Es un pequeño cobertizo que ha hecho con ramas, en una oquedad de las rocas. Desde su sitio puede ver las nubes y si se asoma con precaución al borde del barranco, puede ver el río bravo que se mueve, como una serpiente, devorando troncos y piedras.

Ya la niebla se ha despejado y deja ver un amanecer luminoso, se ha echado boca arriba para ver pasar los celajes, primero observa una nube en forma de oveja, después otra en forma de perro, después le pareció ver un barco, pero el sueño le cerró los

párpados y los altos cirros se fueron tornando en miles de imágenes, que le arrullaron dulcemente.

El balido insistente de las ovejas, le despertó angustiado. Medio dormido aún, vio como una de ellas se despeñaba y sin pensarlo dos veces, se lanzó al vacío en su búsqueda.

Ni las rocas, ni la vegetación podían detener su caída. Trataba de aferrarse a la maleza, arañaba con sus dedos la tierra, el cuerpo giraba dando increíbles volteretas, no podía respirar del vertiginoso descenso, de pronto se golpeó la cabeza con violencia y todo se oscureció, creyó que llegaba la muerte y se sintió aliviado.

El olor a carne cocida le hizo volver en sí y lo primero que percibieron sus ojos, fue a una anciana terriblemente sucia. El pelo se le arrastraba por el suelo fangoso, su rostro era repugnante y de las manos le sobresalían unas uñas color a tierra.

_ No, no soy una bruja, aunque lo parezca. Y dale gracias a Dios de estar vivo, sin embargo lamento

decirte que tu oveja no tuvo la misma suerte, su destino de todas formas era terminar en el mismo lugar donde está_. La vieja hablaba sin tomar aliento y cuando él intentó reclamarle, fue como darle un nuevo pretexto para su perorata.

_ No te preocupes te marcharas cuando hayas comido, pero primero debo verte la palma de la mano-.

Cogió un poco de agua fresca y le lavó las manos despellejadas, fue con tanta delicadeza que apenas sintió el ardor de las heridas. Después se puso a observar la mano derecha con extrema dedicación, de vez en cuando fruncía el entrecejo.

El la dejó hacer, ya le había perdido el miedo, ya no la veía como una bruja, ahora la percibía como una de esas ancianas, a las que el hambre y las privaciones, les hacen perder la cordura. La vio respirar profundo y se preparó incrédulo, para escuchar sus fantasías.

_ Cruzarás el mar y te harás muy rico, tú nombre será respetado, las mujeres se te rendirán a los pies y a los hombres los rendirás con la fuerza que da el dinero, todos te reverenciaron, pero cuando creas poseer todo lo soñado, tu arrogancia te hará caer y una maldición se abatirá sobre ti y toda tu descendencia. Debes cuidarte de un perro; porque el te perderá_. Mientras hablaba, una lágrima se le escurrió por el rostro, dejando un fino surco plateado, pero rápidamente se la secó con el dorso de la mano, y siguió hablando:

_ Lamento mucho decirte todo esto, pero no puedo mentir. Debes estar preparado, toma este escapulario para que te proteja_. Se sacó del cuello un escapulario mugriento, como todo su cuerpo y se lo pasó por encima de la cabeza y con cariño se lo ajustó en medio del pecho, él se dejó hacer.

Después no habló más, le sirvió un plato con caldo y un pedazo de carne cocida y cuando terminó de devorarlo, lo alentó a que se fuera, porque ya comenzaba a oscurecer.

Llegó a la casa con el resto de las ovejas, cuando ya era de noche. El padre le esperaba al borde del camino, la correa doblada en dos, restallaba contra la rodilla, augurando otra paliza.

_ ¿Dónde está la oveja que falta?

_ Padre cayó por el barranco y la corriente del río la arrastró. Yo traté de rescatarla, pero no pude hacer nada.

_ Claro, si tú no sirves para nada. Yo te voy a enseñar responsabilidad_. Con la rapidez de un relámpago descargó el primer correazo, y luego otro y otro y otro..... "

-, dieciocho, diecinueve, veinte_.

Don Antonio golpeó hasta agotarse; el alcohol y las mujeres lo habían envejecido prematuramente. No tenía el vigor de antes, así que se detuvo, buscando aire para sus angustiados pulmones.

_ Fueron veinte los que le di, ahora dale veinte más y después envíalo al corte de caña, con los otros negros.

Le entregó el látigo al mayoral y se alejó rumbo a la casona, sin escuchar un mínimo lamento, sólo el chasquido del cuero sobre la espalda desnuda.

* * *

La manigua se abría en dos, ante la orden del machete y los negros huían, sin saber a dónde; sólo el instinto de conservación les incitaba a seguir adelante. Detrás dejaban las humillaciones y los perros. El monte se cerraba sobre sus huellas y la sierra virgen les tendía sus múltiples brazos. Quizás allí serían libres.

"Todo comenzó en Cuaresma, cuando los vientos hicieron enloquecer a la negrada". Eso decía el rancheador una y otra vez, pero se equivocaba, no fueron los vientos de Cuaresma, ni el eclipse, ni el tórrido verano. Todo sucedió a causa del negro Julián.

Llevaba una semana de calenturas y sus mermadas fuerzas se quebraban, a cada golpe del machete. En vano había sido el esfuerzo de los compañeros, por ocultar su debilidad. Julián decidió morirse, se desplomó de golpe, sin avisar, hundió su cabeza entre las cañas recién cortadas y dejó de respirar.

Fue tal el estruendo de la caída, que hizo encabritar el caballo del Mayoral. La bestia alarmada lanzó al jinete por el aire y lo revolcó por la guardarraya de tierra roja.

Los fuetazos no se hicieron esperar y la sangre, que brotaba del dorso del negro esclavo, enardecía el odio con que el Mayoral aplicaba el castigo. Con saña le abría la espalda, en flecos de piel y carne. Y continuó azotando el cuerpo inerte, hasta que José María le cercenó el brazo castigador, de un machetazo limpio.

Mientras caía, privado por el dolor, vio con incredulidad como se iniciaba la revuelta; pero la hemorragia no le permitió ver más. Allí quedó tendido, bajo el inclemente sol y los fuertes vientos de Cuaresma, que ya comenzaban a avivar, el fuego de la rebelión. A su lado, asediado por las moscas, yacía el cadáver del infortunado negro Julián. Pero no serían los únicos en morir aquel día.

La hacienda padecía el bochorno del cercano mediodía. En la sala, las señoras se contaban chismes atrasados y entre sorbos de licor, dejaban escapar observaciones maliciosas. Mientras, en la cocina, los esclavos apenas se permitían un breve trago de agua, en medio del calor reinante y la manipulación de las enormes calderas, repletas de viandas y carnes. Nadie pensaba, más allá de sus cotidianas preocupaciones, en la inminencia de la tragedia.

Minutos después, ya en el comedor y frente a la dispuesta mesa de caoba, la señora Luisa Fernanda de Carvajal, la señorita Fernanda (su hija) y las tres dignísimas invitadas de la capital, comenzaron el rito de la oración. Pero la acción de gracias fue bruscamente interrumpida, por los primeros disparos.

Usted perdone señora, pero la negrada se ha sublevado y viene en camino. dijo el peón con la voz entrecortada y cerrando de golpe la puerta principal.

Así se inició el caos de gritos, desmayos, entrechocar de alhajas, rechinar de dientes y derrame de cazuelas. Todo el miedo del mundo se apoderó de aquellas damas y en aquel instante extremo, vinieron a sus mentes las imágenes más atroces.

Lo primero es lo primero, por eso los peones, a escopetazo limpio, procedieron a barrer la casa de posibles enemigos y con varias descargas, eliminaron el peligro latente que significaban los negros del servicio doméstico.

Allí quedaron tendidos en la amplia y bien surtida cocina, los dos famosos cocineros traídos desde la capital, expresamente para la celebración; sobre los escalones de la entrada y en el comedor mismo, se desangraron los cuerpos de dos esclavas. El voluminoso vientre de Jacinta, el ama de leche de la señorita Fernanda, se dispersó por el

salón en un revoltijo de sangre, grasas y heces. Eran sólo unas cuantas monedas de oro, echadas al basurero.

Luego procedieron a reforzar las puertas y ventanas en un vano intento por conjurar el peligro. Un peligro que se multiplicaba en gritos de odio y de venganza, cada vez más cercanos.

En la penumbra de su cuarto, la señorita Fernanda escuchó el derribar de las barricadas y también los aullidos de dolor de los que morían. Toda defensa era inútil, una enorme mancha negra inundaba la casa, como una marea de noche sin luna. Los sentía andar por el corredor, destruyendo todo a su paso.

De un violento empujón, derribaron la puerta de su aposento. Era el gigante mandinga, destilando sangre por dos heridas profundas que le cruzaban el pecho y se unían en una mezcla de sudor, melado del Ingenio de azúcar y el hollín del incendio.

El mulato sin pensarlo dos veces, se le abalanzó. De un golpe poderoso le rasgó el vestido, de madrileños encajes y el refajo de seda, dejando al descubierto la piel alba de la casi niña. Entre pataleos, gritos y sollozos, poseyó aquel cuerpo blanco y virgen, que se debatía en inútiles convulsiones, mientras él taladraba en la profundidad.

Al concluir, se ajustó los pantalones y excitado aún por el reciente batallar, levantó el machete ensangrentado para dar por terminada su misión; pero unos ojos de animal acorralado, impidieron que su brazo obedeciera. Cuántas veces había visto aquella mirada de miedo. Avergonzado, bajó el arma y se alejó de la habitación, en busca de otra víctima que saciara el apetito de sangre de su machete.

* * *

Sobre el caballo estaba el dueño del Ingenio San Antonio, a su alrededor caracoleaban los caballos de los rancheadores, tratando de mantener unida la trailla de perros cazadores de negros. El viento hacía remolinos entre los mangos y levantaba las cenizas, del todavía reciente incendio.

Horcones humeantes, era todo lo que quedaba del barracón. Más allá, la casa vivienda y el trapiche, mostraban sus ruinas de tablas calcinadas y metales retorcidos. Pero no era ésta pérdida lo más doloroso para él, sino el honor, que era de sus tesoros, el máspreciado, y no aceptaría nunca que una partida de negros se lo escamotease, sin sufrir el castigo merecido.

Una vez más tembló de rabia y bajo la mirada de Dios, se arrancó del cuello el escapulario y se lo arrojó a los perros.

Las fieras ventearon la presa, que presagiaban en cada árbol y su nerviosismo se hizo más evidente, a medida que penetraban en el escabroso desfiladero. La partida de cazadores de negros, estaba ansiosa por cobrar la recompensa y azuzaron a los perros contra el enemigo invisible.

Ya penetraban en el trillo de rocas, ya casi tocaban lo recóndito de la manigua. Llevaban los machetes desnudos y los rifles listos para el primer disparo. La excitación de la cacería nublabasus mentes y ya fue muy tarde, cuando comprendieron su error.

Una lluvia de troncos y rocas, comenzó a caer desde lo alto y la tierra, se les hundió bajo los pies. Los caballos se desbocaron, arrojándolos al vacío y entonces, como una pesadilla, llegaron los negros jíbaros.

Estaban semidesnudos; y como demonios encolerizados, macheteaban por igual a hombres y bestias. Los escasos disparos que pudieron hacerse, en medio de aquella emboscada, tuvieron la extraña capacidad de multiplicarlos, tal parecía que brotaban del aire como esporas.

En una fracción absurda de tiempo, los rancheadores resultaron diezmados. En aquella terrible mañana, fueron muy afortunados los pocos que escaparon de la muerte y regresaron al refugio seguro, de la arruinada hacienda.

Llegaron de noche; arrastraban a los muertos, muchos estaban heridos. Habían perdido sus armas, las cabalgaduras, los perros, y la moral la traían en el fondo de las vainas de sus machetes. Abochornados, pidieron una segunda oportunidad: La revancha.

Don Antonio, inmutable, preguntó:

_ ¿Lo han visto? ¿Vieron al negro José María?

Claro que lo habían visto. Era él quien comandaba en el desfiladero, fue su machete el que cercenó más cuellos que ninguno y era su mirada del color del infierno. Él era el jefe de los negros fugitivos.

Don Antonio volvió a hablar. Ahora duplicaba la recompensa, ya de por sí astronómicamente alta, pero mantuvo su condición obsesiva:

_ Lo quiero vivo. Aunque tenga que demoler la montaña, el mandinga pagará. Prepárense, mañana continúa la cacería_.

En el palenque, un hombre no celebró el triunfo; sabía de la obstinación de los blancos, ellos iban a volver, serían más, vendrían mejor armados y ellos sucumbirían inexorablemente, bajo el peso de su odio. Pero por ahora no debía amargar con su pesimismo, la alegría de la victoria pasajera. Ya se encargaría el futuro de darle la razón a quien la tuviera. Nunca había deseado tanto estar equivocado.

La selva parecía cobrar vida. Por todos sus ángulos serpenteaba un raudal humano. Iban a pie, en silencio, sin perros y rabiosamente concentrados en una idea. Sólo la tierra era capaz de sentir, sus emanaciones malignas. Por diferentes vericuetos de la montaña, iban avanzando las partidas que Don Antonio había logrado reunir. En ellas se

mezclaban todo lo ruin, infame y perverso del genero humano, en fin toda la calaña conseguida en millas a la redonda.

Siempre ascendiendo llegaron, a la gruta. A una señal, convergieron las fuerzas de la revancha, en la entrada de la caverna. Llegaban seguros, desafiantes, pero sobre todas las cosas, venían listos para matar.

Los negros que hacían las veces de vigías, no llegaron a saber jamás que pasó; porque nunca despertaron de aquel sueño de aguardiente, los rancheadores fueron implacables.

Alguien dio la alarma dentro de la caverna o quizás fue algún gemido de moribundo, que resonó entre sus paredes, enseguida sus sentidos alertaron la proximidad del peligro y sus machetes se aprestaron para la batalla.

Salieron del fondo de la cueva, como un aletear de murciélagos frenéticos, pero el plomo hirviente los aguardaba y fueron cayendo, como pájaros de alas quebradas y cráneos inservibles. Los que lograron rebasar la barrera de fuego, se trenzaron en una lucha corta e inútil que concluyó en su exterminio total. Los que lograron salvar su vida, prefirieron olvidar en un rincón bien profundo de su memoria, todo vestigio de aquella atroz carnicería.

Con el control absoluto de la situación, los cazadores de esclavos fugitivos, emprendieron la búsqueda de sobrevivientes. Los evaluaron por la gravedad de sus heridas: los que eran salvables para el trabajo y el escarmiento, fueron meticulosamente encadenados; el resto, fue arrojado a la pirámide de muertos.

En la marcha de regreso se podía oler la carne chamuscada y escuchar los gritos de los que comenzaban a morir.

Con las manos cruzadas en el pico de la montura, impasible, aguardaba Don Antonio. Un relámpago iluminó su rostro cuando vio al esclavo que precedía el grupo. Allí estaba de nuevo el Mandinga José María.

* * *

Lo arrojaron a las tinieblas para que imaginara el fin. Apenas podía moverse del dolor de las heridas abiertas. La atmósfera, cargada de humedad, fue saturándose poco a poco de miedo. El esclavo presentía que su destino era morir aquel día y cerró los ojos.

"Jugaba en el patio bajo la mirada protectora del amo, que reía a carcajadas su última travesura y después le tumbaba mangos maduros, que chorreaban su jugo hasta bañarlo de la cabeza a los pies. Cómo reía el señor en esa época; pero todo cambió cuando llegó ella: la hija de Don Antonio.

Era como un gusanillo blanco, pegada siempre a la teta de su nana, aquella negra noble de la que fue apartado y a la que sólo podía ver a las horas de la comida.

A Don Antonio se le agrió el carácter, su risa se apagó, ya no quiso verlo jugar y cuando sus caminos se cruzaban, ni una palabra siquiera salía de sus labios.

Pronto, en una adolescencia precoz, conoció el verdadero drama de su raza. Pero inclusive, el duro bregar pudo ser soportado, todo menos el oprobio del cuero y el escarnio del cepo".

Por las rendijas se escurrían las últimas luces de la tarde, un grillo comenzó a cantar, como ensayando su concierto nocturno; se silenciaron los gritos de los castigados y la excitación de los verdugos. Entonces escuchó los pasos que se aproximaban y, luego, el descorrer de cadenas y cerrojos.

Don Antonio cruzó el umbral, protegido por su imponente perro y encorvado por el peso de sus desgracias, más que de sus años licenciosos. Mientras desviaba su mirada, hacia un punto lejano en la oscuridad del cuartucho, comenzó a hablar con las palabras más crueles que le salían del alma.

Cuando el largo monólogo terminó, amo y esclavo lloraban. El primero, de rabia y frustración y el segundo, porque la verdad de su origen se le atravesaba, como una espina en la garganta. A pocos hombres les ha sido revelado simultáneamente, el principio y fin de su existencia. El mandinga José María fue uno de esos seres privilegiados, desde el mismo momento en que su procreador se marchó.

A la medianoche, le soltaron al perro hambriento que sólo necesitó oler el pánico para saltarle encima. La lucha, si es que aquellos espasmos de terror puede llamarse lucha, fue breve.

Por la mañana el capataz enterró sus restos, en aquel bosquecillo de cerezas, el mismo lugar donde siglos más tarde excavarían, una humilde letrina.

BANDIDOS Y MERCENARIOS

La montaña volvía a ser testigo de otra guerra y ya eran muchas, inclusive para ella; pero ninguna tan cruel y despiadada como ésta. Inmutable, vio el acarreo de campesinos por la tropa alucinada.

Los llevaban por familias y luego los separaban, como vulgares reses, para conducirlos a campamentos de trabajo forzado, campos de concentración, prisiones perpetuas o paredones de fusilamiento. Todo por compartir el dudoso crimen de colaboración con los alzados.

María Antonia y los suyos decidieron estar en el bando de los perseguidos; en aquella manigua, donde se consideraban libres para defender su mínimo derecho a respirar, aunque fuera entrecortadamente por el esfuerzo de la marcha forzada.

Ella creía en Dios, tenía fe en un mañana diferente y sólo pedía en silencio, el privilegio de morir primero. Con su esposo y sus hijos, burló cercos, atravesó campos minados, evadió emboscadas de traidores, atacó todo lo que vistiera color de milicias y siempre salió airosa. Pronto su nombre fue parte de la leyenda.

Cuando comenzaron las lluvias, sólo quedaban algunos reductos de guerrilleros, el resto había perecido o luchaba en precarias condiciones y sin embargo, aún seguían llegando milicianos. Peinaban cada palmo de monte, cada hendidura en la roca, cada árbol caído y poco a poco iban cerrando el cerco en torno a la montaña.

La escapada había durado el día entero y los miembros entumecidos, se resistían a dar un paso más. Se arrojaron dentro del bosquecillo de marabú y bebieron angustiados, el agua hirviente de las cantimploras. La noche, con presagios de tormenta, se les adelantó dándoles el respiro necesario para recuperar fuerzas.

La carne seca y medio corrompida, les supo a banquete; porque era la primera comida que hacían en dos días. Desde que la tropa los olfateó, todo había sido huir con la muerte pisándole los talones.

Ya los músculos comenzaban a relajarse, cuando un breve oasis de luna los devolvió a la realidad. El bosque se movía, bajo el ímpetu de las milicias.

Marchaban lentamente; eran muchos y ahora que presentían la agonía de la presa, multiplicaban su cautela. Con la punta de los fusiles escarbaban los arbustos en busca de trampas o evidencias. María Antonia y el Comandante, dividieron las magras fuerzas y se parapetaron tras las rocas. El encuentro final, tantas veces aplazado, ahora era inevitable, así que se prepararon para luchar a muerte.

Coordinaron la emboscada y los dejaron acercarse, sólo cuando los vapores de la respiración amenazaron con delatarlos, abrieron fuego a discreción.

Los cuerpos caían destrozados y los gritos de pavor, quedaban apagados por la cadencia de las armas. En aquellos breves instantes de sorpresa, difícilmente se falló un disparo, era como golpear un hormiguero. Pero muy pronto la situación cambió.

La tropa de milicianos se aferró en sus posiciones. Creó un frente amplio y comenzó a acorralar a los alzados, en un semicírculo de metralla.

La granada estalló en la base misma de la roca y como una enorme estrella, los lanzó por el suelo húmedo. María Antonia, a duras penas, se incorporó y furiosa, continuó disparándole al amanecer que se les venía encima.

Así la hicieron prisionera, con los dientes apretados y el dedo pulsando el gatillo de un arma estéril. A los suyos, los colocaron inconscientes y malheridos frente a las miras del pelotón de fusilamiento. Bajo la frondosa Ceiba, los vio caer y luego descuartizar, en una inútil autopsia, como si las entrañas frescas fueran a revelarles la perseverancia enfermiza de su lucha.

A ella la dejaron morir lentamente, cada día de su existencia, desangrándose por la herida que le abrieron a su razón. Allí la dejaron, bajo la inclemente lluvia, con la mirada perdida en los picos más altos de su montaña.

* * *

La playa permanece tranquila, pero todos respiran nerviosos. Se aferran a las armas, decididos a lanzar el asalto definitivo. Su vecino se queja de la rigidez del calzado nuevo y ansioso, extrae un cigarrillo. Pero la acción se le petrifica antes de llevarla a cabo, recuerda las instrucciones y se reconforta con la idea de que todo concluirá rápidamente. Es tan solo formar una cabeza de playa y luego la población enardecida, se lanzará en su ayuda, para alcanzar otra oportunidad de ser libres.

También cuentan con la ayuda de poderosos amigos, que hasta aviación les han prometido y como han dicho los instructores, "todo será una acción devastadora". Ya dan la orden de desembarcar y tomar posiciones. Horas le quedan de vida, al tirano y sus secuaces.

Los pescadores, convertidos en improvisados guardafronteras, notan algo extraño en aquellos buques, de los que están saliendo lanchas de desembarco. Los prismáticos no pueden confundir, el momento que han estado esperando. Ha comenzado la invasión.

Los asaltantes son hostilmente recibidos y antes de tocar la arena ya están muriendo; pero ninguno percibe, todavía, el olor de la traición. Responden al fuego con metódica precisión y se generaliza la batalla. Así continúan avanzando, con la muerte en la vanguardia.

Aquello no es tan fácil. Los del frente son enemigos, pero también son hermanos y aquel pedazo de arena por el que pelean, es la tierra de ambos.

Ahora llegan refuerzos, de los camiones bajan los primeros niños vestidos de milicianos, están encandilados por la falsa luz del tirano y su afán es ser mártires. La playa se ha convertido en una imagen dantesca de cuerpos y miembros tronchados por la metralla. A momentos se avanza, para luego retroceder, perseguidos por el martilleo de los obuses. La prometida aviación no llega.

Reina la confusión, los partes de guerra son contradictorios, se habla por radio de levantamientos masivos en las ciudades, de golpes de estado, de huidas presurosas, de victorias consumadas, de bajas mínimas, etc. Pero la verdad es otra.

Las fuerzas represivas del sátrapa, hacen su trabajo y lo hacen bien. Miles de personas son tomadas prisioneras, no importa si son culpables o inocentes, hasta ancianos decrepitos son sacados de sus viviendas con violencia, convertidos en rehenes y hacinados en rancios calabozos, de cárceles minadas en sus cimientos. La orden es, destruirlos al menor síntoma de derrota.

En la playa, la balanza escora. Ya los invasores no avanzan, ahora son empujados a la ciénaga. Les escasea hasta el agua y las últimas energías las emplean en tratar de salvarse. El mangle rasga la piel, las aguas corrompidas envenenan el cuerpo, los caimanes hacen presa fácil en heridos y cadáveres. Muchos se rinden. Salen con las

manos en alto, quemados por el sol y la pólvora, devorados por la plaga, sedientos, hambreados y moralmente muertos. El que no claudica es cazado.

Ya la derrota es cierta, pero los partes de radio siguen confundidos. Los aviones, falsamente prometidos, ya no vendrán, de todas formas ya no son necesarios. La traición está consumada. Ahora serán exhibidos como trofeos bajo arcos triunfales, serán vejados en farsas judiciales, a muchos les espera el fusilamiento y los más afortunados, serán trocados por mercancía barata. Humillante final para una noble empresa.

CAPITULO III

Tras la muerte del abuelo, quedaba muy poco que vender. Estaban en la ruina y sólo él conocía, lo terrible del futuro, que ya tocaba a las puertas de la casa colonial, desvencijada y marchita por la desidia, el alcohol y la locura.

Las enredaderas ascendían desafiando la altura y voluminosos retoños de jagüey, herían sin piedad los zócalos, mientras frondosos montes de musgos se adherían a las columnas y a las tejas cuarteadas. Enormes manchones de moho, dejados por el paso constante de la lluvia, a través de las viejas tablas, decoraban luctuosamente el techo.

Sólo ella, su madre, en aquel silencio abismal, prolongaba la espiral del tiempo, que renacía a cada golpe de péndulo del viejo sillón. Sin otra opción, vendió la casa y se preparó para lo peor.

Y para él lo peor era, confinarse en la única propiedad que no habían tocado los acreedores, la finca del abuelo. Un lugar maldito, según decían muchos, pero que él ni siquiera conocía.

Se marchó bien temprano en la mañana, arrastrando a paso de carreta, los escasos bienes que había logrado salvar.

Acomodada en la parte posterior del carretón iba su madre, desgranando lágrimas en su mutismo demencial. Era un espectáculo deprimente, aún para los pocos transeúntes de esa hora, incluso para aquel borracho que se empeñó en una absurda reverencia, que les supo a mueca.

Atravesaron la ciudad y se hundieron en el laberinto de caminos de fango, para no regresar jamás.

* * *

Al final de la guardarraya, en medio de una arboleda de mangos, guayabas y palmares vírgenes, les aguardaba una casucha de tejas rojas que desarmonizaba con la belleza del paisaje. Los animales apuraron el paso, presintiendo el final del viaje.

Delicadamente cargó en brazos a su madre y la recostó a la sombra del árbol más cercano. Allí quedó tranquila, acompañada por sus fantasmas y la fresca brisa que llegaba del río.

Ascendió por los escalones y de dos pasos, atravesó el portal de tablas crujiendo. El candado de la puerta apenas ofreció resistencia a la barra de metal y rodó por el piso, dejándola indefensa para el empujón final.

La humedad y los olores del tiempo encerrado lo agredieron de repente, como si fuera un obstáculo más, a los ya múltiples acumulados en su precaria existencia. Pero tampoco retrocedió. Abrió las ventanas de golpe y dejó que los rayos del sol y la brisa hicieran su trabajo.

En dos viajes que hizo a la carreta trasladó los pocos enseres, casi todas herramientas de labranza. El tercer viaje fue para traer a la madre, la sentó en su sillón cerca de la ventana, para que le diera el aire fresco y pudiera distraer su vista con el verdor de la montaña. Después alivió a las bestias del peso de la carreta, para dejarlas pastar en libertad; sólo entonces se sentó a poner orden en su vida, más que a descansar sus exhaustos músculos.

* * *

Se levantó de madrugada, como lo había hecho durante doce años, encendió el farol y lentamente se vistió con las ropas de faena; coló café y lo bebió en pequeños sorbos, mientras prendía un tabaco. Rodeado por la nube de humo, salió a ordeñar las vacas.

La llovizna helada le golpeó el rostro y el viento le obligó a subirse el cuello de la camisa. Cuando terminó el ordeño ya casi amanecía, pero la oscuridad reinaba aún. La lluvia y la ventolera batían con furia inusual, los penachos de las palmas, los relámpagos se sucedían y los truenos lejanos hacían trepidar todo el valle.

El calor de la cocina lo reanimó y por un momento se olvidó de la inclemencia del tiempo, de todas formas, la lluvia era una bendición para la tierra. Vertió la leche tibia en el jarro de peltre, lo mezcló con algo de café y azúcar y mientras revolvía lentamente el contenido, en lo profundo de su ser presintió que algo iba a pasar.

Entró en la habitación de la madre, con delicadeza la ayudó a incorporarse y le ofreció el desayuno; después la arropó con una gruesa manta, instándola a permanecer en el tibio lecho.

Para el mediodía el tiempo empeoró aún más, tanto que tuvo que salir a clavarle tablas a las puertas y ventanas de la casa. En el exterior, las gotas de lluvia eran enormes y el río embravecido, apenas le dejaba oír otra cosa que no fuera, el silbar constante del viento.

Se dio prisa porque aquel mal tiempo, no vaticinaba nada bueno. Varias ramas, arrancadas de cuajo, obstruían el pequeño camino a la casa, con el machete comenzó a desgajarlas, cuando de pronto, escuchó el grito hiriente.

Primero pensó que el viento lo había confundido, pero cuando el grito volvió a repetirse, fue como si miles de avispas lo picaran a la vez y dejando la filosa herramienta clavada en lo profundo de la rama del mango, se lanzó a correr hacia la casa con todas sus fuerzas.

Empujó la puerta y se abalanzó hacia el cuarto, temiendo lo peor. Allí, de pie, en medio de la habitación, en contorsiones de poseída, arañando las penumbras y escupiendo sonidos incomprensibles, estaba su madre.

Con los ojos, queriéndose salir de sus órbitas, se debatía, tratando de huir de un círculo de terror invisible. Por un instante quedó paralizada, el silencio volvió a ser absoluto, entonces extendió el índice de la mano derecha hacia un rincón en penumbra, exactamente a su espalda, y se desplomó.

Desesperado, la levantó en vilo y depositó su cuerpo marchito sobre el lecho.

La anciana de repente, comenzó a llorar como un niño arrepentido y él, solícito, se puso a enjugarle las lágrimas. Inesperadamente, de aquella boca mustia, comenzaron a brotar a borbotones, las palabras. Se rompía así un silencio de muchos años, un silencio impuesto en aquel día de posesión violenta.

Allí está el perro, ha venido a buscarme. Que Dios te proteja de su sombra, hijo mío. Pronunció esas palabras y con un ligero estremecimiento, entregó su alma acosada.

Las ráfagas de viento, acallaron el clamor de su pecho. La lluvia entró por los postigos desgoznados y por todas las grietas de la casa. Las tejas volaron mezcladas con árboles, animales y todo lo que se opusiera al embate de los elementos. Pero él, sólo se entregó al dolor de su pérdida.

Cuando levantó la cabeza del pecho rígido, ya la tormenta había pasado y el canto de las aves, advertía la presencia del sol. Salió entonces, con las ropas empapadas, a cavar una sepultura en la tierra desolada por el huracán.

* * *

Al inicio de la guerra, Francisco Carvajal y Carvajal, nieto de un otrora famoso hacendado, se involucró en la aventura libertaria, con aportes considerables de dinero y alimentos, extraídos de su floreciente hacienda. Un año después, fue víctima de una delación y la metrópolis confiscó todas sus propiedades, le declaró desafecto a la corona y le puso precio a su cabeza. Así fue obligado a huir a las montañas, donde formó una de las partidas insurrectas más importante, de todas las alzadas contra el rey.

El poblado hacía gala de su posición ventajosa en la cumbre de una meseta. Contaba para su protección con tres fortines y una impresionante tropa de voluntarios, bien dotados y expertos en los medios de combate.

Esa noche algunos se preparaban para dormir y otros ya lo hacían, solo las postas y las escuadras de recorrido permanecían alertas. Los rumores de un inminente ataque, las noticias de partidas insurrectas movilizadas por toda la zona, las escaramuzas y asaltos a pueblos cercanos, mantenía a los civiles en una constante zozobra y les obligaba a cerrar con tranca las viviendas, tan pronto oscurecía.

La patrulla hacía su ronda habitual, cuando vieron moverse por la calzada real, unas sombras amenazantes. Estaban próximos a la cárcel y aceleraron su paso, para salirles por sorpresa y darles la voz de:

_Alto, ¿quién vive?

La respuesta no pudo ser más categórica, un fuego graneado derribó a dos de los voluntarios y el otro, paralizado por el miedo, trató de parapetarse tras los cadáveres de sus compañeros.

Eran las nueve de la noche, cuando se inició la toma del pueblo. Los insurgentes habían penetrado, valiéndose de la oscuridad y burlándose de toda vigilancia, hasta el corazón mismo de la población. Por varios puntos se atacaba simultáneamente y la confusión era total.

En el casino español, en la comandancia militar y en algunas residencias particulares, donde se alojaban los soldados del batallón de Canarias, reinaba el desconcierto y el nerviosismo.

Juan Villa Verde se llamaba, el único sobreviviente de la patrulla. Tan pronto aminoraron los disparos, salió corriendo y llegó sin aliento al edificio de la cárcel, salvando casi milagrosamente la vida.

La cárcel contaba para su defensa, con cinco guardias administrativos y el alcaide, todos recibieron al voluntario como un regalo del cielo. Dentro de los gruesos muros, veinticuatro presos purgaban largas condenas y muchos de ellos, habían perdido toda esperanza de salir con vida.

En su avance, los insurrectos lograron aislar cada uno de los puntos estratégicos y ahora los mantenían sitiados bajo una lluvia de proyectiles, mientras el resto de la partida se dedicaba a destruir las líneas del ferrocarril y el telégrafo.

El jinete avanzó por toda la calzada, sobre aquél imponente caballo blanco. No iba a galope, ni siquiera intentaba presionar la marcha de la bestia, mantenía un paso marcial, como si desfilara, en medio de las balas que silbaban a su lado. Con una potente voz arengaba a los hombres bajo su mando y, con el arma, disparaba a diestra y siniestra.

Recorrió la calzada de norte a sur, provocando a su paso a los enemigos ocultos. Ya su gente penetraba en el ayuntamiento, cuando un disparo proveniente de la cárcel, atravesó la cabeza del corcel.

La noble bestia, herida de muerte, se paró sobre los cuartos traseros y lanzó al jinete contra la tierra. El hombre, enfurecido, extrajo el machete de su funda en la montura y arremetió a pecho descubierto contra la prisión. Sus seguidores, alarmados por aquella temeridad, se arrojaron tras él, aún a riesgo de sus propias vidas.

Los toques de corneta incitando al combate, se entremezclaban con los gritos, el fuego de las armas y el entrechocar de las hojas de acero. Algunos techos comenzaban a arder, uno de los fortines quedó en silencio y más tarde la algarabía de los patriotas, confirmó su rendición. Los pobladores huían desesperados hacia las entrañas del monte, tratando de salvar lo más preciado, la vida.

En la madrugada se rindió la cárcel. El alcaide, los guardias y el voluntario fueron hechos prisioneros y conducidos a la retaguardia insurrecta. La tenaz resistencia comenzaba a ser quebrada, la turbulencia del combate se localizaba ahora en torno a los fortines restantes; mientras, el fuego devoraba aprisa más de un tercio del poblado.

Amaneciendo y ante la noticia de la proximidad de una columna española, enviada en auxilio de la plaza sitiada, los patriotas debieron retirarse a la seguridad de la montaña.

No habían conseguido la rendición de las fortalezas, pero las bajas infligidas y la gran cantidad de armamento arrebatado al enemigo, constituía el primer gran revés para el ejército colonial. Y allí estaban, como prueba fehaciente, las ruinas calcinadas de aquél bastión arrogante.

Cuando arribó la columna, en los primeros albores de la mañana, sólo cenizas humeantes y soldados exhaustos encontraron. Apenas podían sostenerse y en sus rostros tiznados, se leía el terror de la batalla contra dos enemigos poderosos, los independentistas y el fuego por ellos provocado.

Ante la inutilidad de una persecución, concentraron sus esfuerzos en restañar las heridas y enterrar a los muertos en combate. Si de algo podían sentirse orgullosos era que, a pesar de lo fiero del ataque, todavía flameaba la bandera sobre la cresta provocadora de la iglesia. Ese fue su único consuelo.

El recién ascendido general Francisco Carvajal, vagaba por el campamento con la montura al hombro, como un alma en pena. Gran pesar le había provocado la muerte de su caballo, pero ya perder lo amado se le había convertido en una cotidianeidad. En eso pensaba, cuando escuchó las voces en el bosquecillo cercano.

El voluntario lloraba y pedía clemencia, ante la cuerda que comenzaban a ajustarle al cuello. Pero la acción quedó trunca ante la figura del superior.

_ ¿Por qué lo iban a colgar?

_Perdone mi general, pero éste es un traidor y, además, seguro que fue él quien mató su caballo-.

_Él sólo cumplía con su deber, ahora desaten al muchacho. En mi presencia no se cuelga a nadie-. Dice el general y la orden es cumplida sin vacilación, entonces dirigiéndose al voluntario le espeta:

Ahora tienes dos opciones. Unirte a nosotros, para luchar por tu patria o volver con los tuyos, a pelear por una causa ajena. Estás en libertad para escoger cualquiera de ellas. Y diciendo esto, volvió a donde yacía la montura abandonada.

Aquellas sinceras palabras, causaron un verdadero efecto en la personalidad del joven voluntario, tanto que con los años su respeto por el general, llegaría a convertirse en una fe ciega.

Al atardecer, cuando la familia del prisionero lloraba su muerte segura, lo vieron subir por la ladera del monte con la cabeza hundida en el pecho y arrastrando la vergüenza en los pies.

Aquel soldado, que en esa época era casi un niño, sería el punto de partida para una leyenda, que perduraría por siglos.

* * *

Bamboleándose iba la pareja de bueyes, alentados por el aguijón, tirando del pesado arado desde antes de salir el sol, cuando aún no se había evaporado el suave olor de los aguinaldos.

La tierra virgen, apenas se resistía. Ante el empuje de los dos colosos, ella mostraba sus interioridades de raíces y gusanos rojos. Todo era normal y cotidiano, como un día entre tantos. Para el campesino, quizás hacía demasiado calor para la época del año, pero ni eso bastaba para sacarlo de sus pensamientos.

Para Ramón sólo la tierra era capaz de ejercer ese poder que, como imán, lo ataba a su pequeño rancho. Aquellos cordeles de sembradío eran su medio de subsistencia y su única riqueza; en el rancho miserable quedaba la otra parte de sí, una mujer frágil y una hija que no rebasaba la altura de sus botas de monte. Que más podía pedirle a Dios para ser feliz, quizás sólo una promesa que se le atravesaba por momentos en medio del pecho.

Su mente divagaba por retorcidos parajes de su existencia, cuando algo se enredó en la punta del arado. Aunque estaba cubierto por terrones de fango, raíces y una maraña de huesos, lanzaba breves destellos de luz. Detuvo bruscamente a los animales y un temblor le recorrió todo el cuerpo.

Con sus manos fue desgranando todo, hasta dejar el metal libre de impurezas. Era un machete, pero no la común imagen de la herramienta de trabajo, su longitud, la calidad del acero y el acabado artístico de su empuñadura, indicaba que era un instrumento de guerra y no uno cualquiera. Satisfecha su curiosidad primaria y en puro nervio, desvió su atención hacia los restos óseos que se desintegraban con el simple contacto del sol.

Con sus dedos marcados, por todo tipo de trabajos rudos, comenzó a extraer la osamenta del guerrero. Trémulo, removió el lodo incrustado en el cráneo y lo depositó sobre los manchones de hierba, a su lado fue colocando uno a uno, los huesos que surgían de la profundidad del sepulcro improvisado.

En silencio regresó a la humildad de su vivienda y sin despegar los labios, inició la construcción de una pequeña caja de madera; olvidando con su premura, aplacar la sed de las reses exhaustas. Pero el general se lo merecía.

Cayendo la tarde sacó su taburete y lo recostó al horcón más próximo, como siempre, para ver la puesta del sol tras la montaña. Pero hoy cerró los ojos y dejó correr los pensamientos, para que ardieran en su mente, como el cirio apostado junto a los restos de su padre.

* * *

"La manigua ardía de odio y se desangraba en el fuego de los cañaverales, se peleaba sin tregua y se moría sin alternativas. Aquel lugar era un hospital de sangre, en medio de la serranía. Allí agonizaban, de heridas e impotencia, hombres con ansias de libertad.

La traición atrajo al batallón de Guadalajara, hasta el pie mismo del bosquecillo. Emplazaron los cañones y comenzaron a disparar, contra la mínima defensa de las cercas de piedras, desde donde aisladamente empezaron a replicar.

Simultáneamente, en el campamento se inició el dificultoso trabajo de retirar a los heridos a un lugar seguro. En esta engorrosa tarea, hasta los niños cooperaban.

La elevación se estremecía a cada impacto y los escasos defensores, eran obligados a adentrarse en los platanales circundantes. Los gritos de batalla del ejército regular se escuchaban cada vez más próximos, incluso ya se vislumbraba ascendiendo, el pendón de la infantería.

De repente un puñado de jinetes, en una acción desesperada, se lanza loma abajo a todo galope y rompen el avance de la vanguardia, a machete limpio. Se baten con el poderío de un ejército superior, que aún así, vacila por la fuerza y el arrojo suicida de aquellos locos. Pero la sorpresa es mayor, al ver quien los comanda.

Es una mujer blanca, de buen porte y si no fuera por el rictus de fiera que tiene en el rostro, podría decirse que es bella.

¿Quién es esta mujer? ¿De dónde ha salido? ¿Por qué esa rabia? Son preguntas que todos se hacen, pero solo ella conoce las respuestas.

“Caía la tarde, pero aún el sol tenía fuerzas para atravesar el denso follaje y colorear de tonos anaranjados, la hojarasca acumulada sobre la hierba.

La niña juega dentro del cauce seco de un insignificante riachuelo, la cesta de huevos recién recolectada ha sido olvidada debajo de la palma y ahora, se divierte arrojándole una rama al perro que, obediente, la devuelve a su dueña. Su risa cala el monte virgen y provoca el revuelo, de las aves posadas en sus dormitorios.

Lanza la rama de nuevo y el animal corre frenético en su búsqueda, pero a medio camino se detiene. Ella lo alienta, una, dos y hasta tres veces, pero el perro se resiste, olfatea la breve brisa que despeina sus cabellos y muestra amenazante los colmillos. Su pelaje se ha erizado en la base del cuello, sus orejas se desplazan en busca del sonido perturbador y un grave ladrido escapa de su garganta.

La voz lejana de la madre, se repite angustiada en el eco de los farallones. Con su mirada busca al perro, pero ya éste corre en dirección a la casa; sólo le queda retroceder en busca de la cesta. Es entonces cuando escucha el tropel de jinetes, los gritos y el primer disparo.

El susto la paraliza, las piernas las tiene como enraizadas y un golpetear fuerte en el pecho le impide respirar. Dos disparos más, la obligan a salir de su inmovilidad y echar a correr.

Llega sin aliento a las proximidades de la casa. Ha corrido casi una legua y se desploma a la vera del montecillo, para recuperar la respiración y averiguar el porqué de aquellos gritos de terror.

Los hombres, que están dentro de la casa y los que merodean por los alrededores, son soldados. Seguramente exploradores de alguna columna extraviada, piensa, mientras se parapeta tras el tronco ruinoso de un mango.

Con un disparo y un lastimero grito, cesa todo el ir y venir de soldados. Como a una orden se montan en sus cabalgaduras y desaparecen, tragados por la oscuridad inminente. Pero ella no adelanta ni un paso siquiera, en dirección al hogar. Se queda allí agazapada, echa un ovillo, abrazándose de fiebre y pidiéndole a Dios que enciendan una luz en la vivienda, para poder regresar.

Pero son ruegos inútiles.

Al salir el sol, se pone de pie, tiene los miembros entumecidos por el esfuerzo y la madrugada en vela. El rocío le chorrea por todo el cuerpo tembloroso, pero todavía aguarda un rato más, hasta que la neblina se levanta totalmente y el piar de los pollos hambrientos, le indica que no existe peligro. Entonces sale del escondite y se hunde en el hierbazal. La cañuela la sobrepasa en altura y le desgarran la piel; pegados a los matorrales va dejando trozos de vestido, pero no se queja. Presiente que hay algo terrible tras el silencio que se extiende, más allá del patio.

Atraviesa la barrera de arbustos y se detiene un instante, aguzando los sentidos, tensando los músculos, precisando el próximo paso, lista para una huida veloz si fuera necesario. Sólo camina unos metros, cuando el reguero de sangre la pone a temblar.

Son manchas parduscas que zigzaguean, pero no necesita andar mucho para descubrir su origen. Allí está su cachorro, acostado sobre el tripero que le salió del vientre abierto en dos. Y también está la puerta abierta.

No ve nada, o no quiere ver el caos que la rodea. La cocina revuelta, los colchones macheteados, los taburetes por el suelo, el arroz que todavía se escurre por los tajos abiertos en el saco, la tinaja quebrada, la lámpara de kerosén hecha añicos. Y corre hacia el cuarto. Tropezando y cae. Entonces la ve.

Está blanca, más blanca que lo habitual, su pelo cano es rojo y cuando quiere levantar su cabeza, ve el hoyo profundo que no admite dudas. Ya no tenía mamá. Y mientras salía corriendo, todavía pudo ver cómo las hormigas comenzaban a devorarlo.

Cuando volvió del desmayo, lo vio parado frente a ella. Era igual que un santo, pero negro. Una aureola dorada le hacía resplandecer, tanto, que tuvo que cerrar los ojos. Se sintió izada por los aires y creyó que estaba en el cielo.

La voz acariciante casi se lo confirma y hubiera continuado en el error, de no ser por el olor penetrante que la obligó a abrir los párpados. Se vio envuelta en unos ripios de sábanas y a su salvador, espantando la nube de moscas que atraían sus llagas.

Creció en medio de pesadillas, y matar fue su segunda naturaleza. Ningún enemigo obtuvo su compasión y su brazo sólo se movió para hacer de la venganza, su forma de vida.”

Ahora hace caracolear al caballo, mientras el puño armado reparte tajos entre sables y fusiles. A su lado ve caer al negro que la protege, como un padre amoroso, cosido a bayonetazos y la rabia multiplica su energía, pero la caballería enemiga no se duerme y avanza organizada, lista para aplastar el reducto de desesperados.

Este es el momento de resistir, vender cara la vida, ganar unos preciosos instantes, para que los heridos logren llegar a la seguridad de la montaña. Al resto que combate, sólo un milagro podría rescatarlos del enjambre de soldados que, como una zarpa, comienzan a asfixiarlos.

Suena una corneta y el milagro se hace realidad. Es como un tornado de cascos, que doblega al pequeño platanar. La caballería extranjera se detiene en seco, e inútilmente trata de replegarse en auxilio de los artilleros; pero es demasiado tarde.

Los insurrectos son cientos, unos montados a caballos y otros a pie; andan vestidos con harapos, algunos con taparrabos de yute y algún que otro encuero, la mayoría anda descalza y no se dignan siquiera a disparar. Llevan los machetes desnudos y a su paso caen miembros, caballos, fusiles y todo cuanto se les interponga a su paso.

Los luchadores se abrazan en una pelea cruenta, donde campea la muerte. Quien acumula más víctimas es el jefe de la columna insurgente. Es un mulato claro, enorme, en su torso las cicatrices hablan de miles de batallas, sus brazos son como muros y bajo su machete, se pliega inexorablemente la bandera enemiga y se decide la contienda.

Los sobrevivientes huyen despavoridos, ha internarse en la sierra hostil, donde tendrán escasas probabilidades de repetir la hazaña. En el campo de batalla, los vencedores recogen el armamento, abandonado en la huida presurosa o en la muerte certera; se inutilizan los cañones por su imposible transporte y se curan los heridos. No hay tiempo, ni para enterrar a los muertos.

El General se aproxima a la aguerrida mujer, que llora sin disimulos, la muerte del leal amigo, se quita el sombrero y respetuosamente, le dirige la palabra:

_Con una mujer como usted a mi lado, en la tropa me sobra hombres.

Ella se ruboriza por el cumplido y sólo devuelve unas tímidas gracias, mientras limpia el machete ensangrentado, en el ruedo del vestido.

Y por el trillo emparejaron las dos cabalgaduras, rumbo a los picos azules de la montaña. Aquel encuentro fortuito también les emparejaría sus vidas."

Unas manos delicadas le acarician el rostro y le devuelven al presente. Es su pequeña hija. Ya ha oscurecido y un leve rocío humedece la hierba. Ahora puede escuchar a la criatura temerosa que pregunta:

_Padre, ¿por qué llora usted?

* * *

En aquella charca de río se estaba bien, el agua se represaba entre las grandes y planas lajas de piedra y se sentía un agradable frescor, que provocaba somnolencia. Los dos cuerpos desnudos permanecían trenzados por un abrazo, sus rostros tenían un raro destello de satisfacción; parecían dos reptiles tomando el sol que se filtraba a través del follaje.

Mañana tienes que irte. Habló el hombre, como arrullándola.

Puedo esperar un tiempo más, aún no se me nota la barriga y todavía puedo ser útil. Le respondió ella con los ojos cerrados.

_No, mi hijo debe nacer como Dios manda, aquí es peligroso para ambos.

_Pero si ya muchos se han marchado.

_Sí, muchos han firmado la paz y se han ido, pero tú sabes que yo no acepto esas condiciones. Mi guerra sigue hasta el final.

_Bueno, no hablemos más de eso, yo hago lo que digas, espero que todo termine pronto y te puedas reunir con nosotros; de todas formas haz lo posible por estar allá para su nacimiento, es que no quiero estar sola en esos momentos.

_Seguro que así será.- Le atrajo con su brazo, diestro en matar, y le besó con ternura, mientras las aguas del río trataban de aplacar la fiebre de sus cuerpos.

* * *

La mañana del viernes Santo fue de una brillantez cegadora, pero a medida que fue transcurriendo el día, comenzaron a surgir unos tómulos grises, que poco a poco fueron oscureciendo la tarde, hasta convertirla en una noche prematura.

Apenas eran las tres cuando se hizo presente la lluvia. Primero fueron unas gotas aisladas, luego una fina llovizna y finalmente un torrencial aguacero que ocultó la montaña, tras una cortina de agua.

Hacía frío dentro de la choza y las dos mujeres se acurrucaron debajo de la manta, intentando desesperadamente que el calor de sus cuerpos no les abandonase. Una miserable vela les espantaba las tinieblas con el débil titilar de su flama, mientras el miedo ancestral a la furia de los elementos les cortaba la respiración.

Cuando el agua empezó a deslizarse por debajo de la puerta, le sobrevino el primer dolor y luego otro; fueron tan brutales que le hicieron gritar. La anciana se incorporó en el lecho, le pasó la mano por la cabeza y la tranquilizó:

_ No temas, siempre es así_. Y lentamente, se encaminó al extremo de la habitación, que hacía las veces de cocina y comenzó los preparativos para auxiliar el parto.

Sobre las nueve de la noche la lluvia amainó, pero fue entonces cuando se agudizaron las contracciones. La joven se aferraba a las rodillas y las manos perdían su color de tanto esfuerzo, en la puja imprescindible; mientras, la anciana le secaba el sudor del rostro, entre palabras de aliento y frases de premura.

Pasada la medianoche, cuando las esperanzas se perdían, aconteció un espasmódico movimiento, brotó la cabecita del infante y luego emergió su cuerpo de niño criado. En ese instante el pequeño ser, como una flor temblorosa, escuchó por vez primera el portentoso sonido de un trueno y se estremeció.

_ Es todo un hombre_, dijo la anciana llorando conmovida.

_ Se llamará Ramón, como su padre quería._ Balbuceó la joven y casi con la certeza de que sus malos presentimientos se habían cumplido, se refugió en un sueño necesario.

* * *

El canto del gallo resonó con fuerza y fue devuelto por el eco de la montaña. Comprendió que era hora de partir, apuró el café que se enfriaba sobre la mesa, tomó la pequeña caja de madera y salió al encuentro del caballo, que aguardaba ensillado en la madrugada apacible.

La noche lo recibió con todas sus estrellas y la frialdad de una ligera neblina que, como viento, cubría el camino. El hombre y el animal marcharon, como un todo, por la ruta de la cordillera. La bestia, dejándose guiar por sus instintos y el hombre, devorando recuerdos tristes.

Entre los riscos y los barrancos transitaban, mas bien vagaban como almas en pena, ajenos por completo al espectáculo maravilloso que les regalaban los cocuyos.

Cada sitio de aquella sierra parecía hablarle de las cosas grandes de su padre, hasta las piedras proclamaban sus hazañas y sólo ella le había ofrecido refugio, cuando todos se habían cobijado en la paz adúltera de la primera guerra.

Ahora aquel espíritu solidario, escoltaba sus maltrechos restos en un postrero viaje.

"Aquel día aciago descansaban de la persecución implacable, en aquella caverna plagada de reptiles y murciélagos. Eran siete, vestían harapos, las barbas increíblemente crecidas y los cuerpos delgados, como el filo de los machetes que llevaban en la cintura.

Algunos entretenían el hambre comiendo mangos y otros dormían, bajo la siempre torturadora presencia de los mosquitos. La primera guardia la hacía un tal Villa Verde que era, por su valor y arrojo, la mano derecha del General.

Sentado, con el fusil sobre las piernas, devoraba ávidamente los restos de una fruta tierna, cuando de pronto se dobló en dos. Con la cabeza ensangrentada luchó inútilmente por asirse a los bordes de la roca y comenzó a rodar por la ladera del barranco. Entonces escucharon la detonación multiplicada por los farallones.

El enemigo emboscado, tomaba por la fuerza la entrada de la cueva. La brevedad de la escaramuza la impusieron las armas de fuego, allí perecieron los seis hombres restantes de la partida. No tuvieron oportunidad siquiera para sacar sus aceros, todos fueron despedazados por la metralla y recibieron un tiro de gracia en la frente, para mayor seguridad.

Los soldados se marcharon antes de que oscureciera, por temor a que la noche les tendiera una celada. Dejaron los cadáveres hundidos en el excremento de murciélago, como un último ultraje a los hombres que más habían temido.

Los relámpagos iluminaron el firmamento y fueron el preámbulo para otra terrible tormenta.

Volvió en sí, no sabía cuanto tiempo llevaba sin conocimiento, tirado en aquel barranco, empapado hasta los tuétanos; un río de lodo, piedras y ramas lo envolvía. Trató de incorporarse y un dolor en la sien lo encandiló, lentamente fue recordando. Sus dedos intentaron una aproximación a la herida, pero el contacto repugnante y doloroso con la sangre empostillada, le hizo desistir. En un supremo esfuerzo inició la ascensión, valiéndose de cuanto obstáculo encontraba en el camino.

Sin respiración y con un terrible dolor de cabeza, entró a la caverna. El olor a pólvora caló hiriente su olfato y nubló sus ojos con unas lágrimas que sabían a plomo. A tientas encontró el primer cuerpo y luego otro. Sus manos se hundían febrilmente en la materia putrefacta, hasta que por fin dieron con lo que buscaban: el machete del General. Seguidamente encontró sus dedos aún tibios y a ellos se aferró.

Sin poder contener el llanto que le estremecía, fue arrastrando el cadáver hasta la boca de la gruta y así continuó por el sendero de la montaña, bajo la lluvia inclemente. En el descenso, solo las rocas eran capaces de detener su caída. Llevaba el cuerpo atado a su espalda, muchas veces se desmayó por el esfuerzo, para luego volver con más bríos a su triste misión.

Se detenía a pequeños intervalos, para tomar un poco de aire y beber algo de lluvia. Caminaba unas veces, otras se arrastraba, pero lo primordial era alejarse lo más posible del lugar maldito. Sus pies se atascaban en el barro, hasta casi las rodillas y ya, próximo al río, las fuerzas le abandonaron irremediamente. El corazón le latía con furia, la vena de la sien parecía lista a estallar en cada pulsación y entonces se derrumbó exhausto. Fue entonces cuando decidió enterrarlo allí mismo.

Con el machete fue cavando en el lodo y con sus manos destrozadas, arrancaba la tierra removida, que se le escurría como agua. No fue un hueco profundo, solo lo suficiente para despistar a los perros jíbaros, las aves carroñeras o las salvajes hordas del ejército.

Entre los dedos engarrotados del muerto, apretó la empuñadura del machete y cubrió la fosa, con la certeza de que la tormenta borraría cualquier huella. Musitó una breve oración y así creyó cumplido su deber. Entonces se marchó, bajo el torrencial aguacero e hirviendo de fiebre, a dar la mala noticia a la viuda.

La partida enemiga regresó al día siguiente, al lugar de la matanza, pero entre los cadáveres ya pestilentes no hallaron su cuerpo. Fue así como comenzó la leyenda del

general. A partir de ese momento, fueron muchos los que le vieron vagar, escoltado por un enorme perro luminoso, en las noches sin luna.

Pero nadie supo que mientras su cuerpo era devorado, inexorablemente bajo tierra, una mujer anónima, en una choza decrepita, paría al hijo por él engendrado".

El caballo se detuvo con brusquedad y le sacó de su letargo. La neblina desaparecía presionada por los rayos del sol, que a raudales ya bañaban las laderas de la cordillera.

Estaba seguro de que aquel día sería diferente, por eso le clavó las espuelas a la bestia, lanzándose al encuentro de la cruz de hierro.

BALSEROS

En aquella parte de la costa, la roca de diente de perro abría en dos el mar y costaba lo indecible escalarla; parecía un colmillo gigantesco, labrado a ritmo de mar.

Era la tercera noche consecutiva de espera. Simulaban pescar, cuando en realidad sólo aguardaban por las condiciones propicias para huir. Creían que nadie, o casi nadie, tenían nociones de su presencia en aquel lugar. Solo el campesino, en su corcel quijotesco, que dos veces por día remontaba los arenales desde su casa de muerto de hambre y el pueblo, llevando las exiguas alforjas de pescado y verduras. Religiosamente les saludaba desde la lejanía silenciosa del acantilado. De él, nada tenían que temer, pero estaban los otros.

Aquellos que pasaban a horas fijas, charlando despreocupadamente, siempre con su cigarrillo encendido, que como un punto rojo, contrastaba con la negrura de la costa y por delante iban los perros, atados con correas, entrenados siempre para matar. Las lejanas voces se desintegrarían en el susurro intermitente de las olas, pero volverían cerca del amanecer, desandando las huellas borradas por la marea. Eran los guardafronteras en su rutina única. Ésos sí eran peligrosos.

Cuando los militares se perdieron en las negruras de los arrecifes, la sacaron del escondite. Era casi una obra de arte, cuatro cámaras de caucho atadas con extremo celo entre sí, sobre ellas unas tablas, unos remos y una vela, todo con más de inspiración que de oficio, pero esa era su balsa y estaban orgullosos de ella.

La arrastraron por la arena hasta el agua. Apenas consiguieron subirse, cuando la luz de los reflectores apostados en la costa, dieron la temida alarma. El manglar circundante pareció cobrar vida entonces y las milicias salieron de sus camuflajes, para implacablemente cazarlos.

Comenzaron a perseguirlos, entre gritos, consignas, palabras cargadas de odio y el repicar de balas trazadoras, que herían la madrugada con sus ases de luz. Uno de los fugitivos profirió un gemido y se desplomó muerto, mientras los otros se despellejaban las manos con los remos, tratando de burlar el cerco de metralla y luz.

La costa hormigueaba de hombres armados que disparaban sin control, pero la imagen del campesino-pescador-policía, jamás podría borrarse de sus memorias. Allí estaba, en la primera línea de fuego, con el agua a la cintura, disparando su arcaica escopeta contra la esperanza.

La corriente impulsó a la rústica embarcación, con rapidez inusitada, mar adentro. Una bala había alcanzado uno de los neumáticos y ahora la balsa escoraba de ese lado; allí ataron al amigo muerto, con la ilusión de darle una sepultura de tierra libre. Desplegaron el trapo y se dejaron llevar a la deriva, tratando de ahorrar las mermadas energías. La escaramuza de la playa les había privado de la comida y el agua. Ambas se habían perdido irremediablemente, en la confusión y el caos.

Al segundo día de travesía, la inclemencia del sol comenzó a causar estragos, en las gargantas secas por el miedo y se amarraron a las tablas, como un amuleto contra la insolación y sus fantasmas. Ya el cuerpo del amigo adquiría proporciones monstruosas y se descomponía en olores irrespirables.

Por la noche llegaron las visiones. Aquel clamaba por la madre, pero la anciana pasaba por su lado sin verle; éste imploraba agua a fantasmas familiares, para luego invocar a la muerte entre lágrimas de sal y el último, que yacía inconsciente en el vértice de la balsa, devoraba un sueño de tinieblas en medio de la más cegadora brillantes.

“Nunca llegaría a saber quien lo delató, pero eso ya no le interesaba. Los policías llegaron cerca de las diez de la noche, lo sacaron de la cama, lo montaron en un carro y ni siquiera le dijeron a su madre a donde lo llevaban o de que lo estaban acusando. Se devanó el cerebro, durante los minutos que duró el viaje, pero por más que buscó una posible causa no la encontró.

Cuando entró a la estación casi se alegró de no ser el único convocado a la fuerza, en aquel tétrico lugar. Eran ocho y entre todos había algo en común, la juventud. Sus edades oscilaban entre los catorce y los dieciséis años.

Apenas llegó él, los montaron en un ómnibus. Al parecer solo aguardaban por él. El vehículo comenzó entonces, una interminable vía crucis de estación policial en estación policial, siempre recogiendo la misma carga, jóvenes y más jóvenes.

Custodiando la puerta delantera, viajaba un teniente, de pelo rojizo, cara de gorila y cuerpo de pigmeo. Solo habría la boca para lanzar amenazas y exabruptos y siempre lo hacía respaldado por la pistola de reglamento. Cuando el ómnibus estuvo lleno le dio una orden al chofer y ya no hubo mas parada, al menos por las próximas cuatro horas.

Al cabo de ese tiempo, por fin el autobús se detuvo, estaban rodeados de militares y al abrirse las puertas entraron como una tromba, golpeando y lanzando a todo el mundo por la escalerilla hacia abajo, y formándolos en un pelotón compacto.

Gracias a Dios había salido de aquel encierro, donde el fuerte olor a orín, a vómito y a sudor, unido a los gases del motor, amenazaban asfixiarle. ¿Pero ahora, que vendría?

Los hicieron caminar por un estrecho corredor, que luego desembocó en un amplio patio, de césped bien cuidado y allí les conminaron a dormir, con la promesa de que al aclarar comenzarían una nueva vida, que tendrían que trabajar muy duro, pero que todos saldrían convertidos en hombres y sobre todas las cosas, saldrían como verdaderos revolucionarios integrales. Puro bla, bla, bla.....

Al menos una de las interrogantes había sido resuelta. Las restantes fueron tragadas por el agotamiento y bajo las estrellas durmieron aquella primera noche.

Amanecía y de nuevo en la carretera, ahora iban en un camión entre nubes de polvo rojo, les habían rapado el cabello, les habían vestido de verde-olivo y también les habían advertido que el que intentara escaparse iba preso, si no lo mataban en el intento.

El paisaje a diestra y siniestra era el mismo, cañaverales y más cañaverales, a veces, como un pequeño oasis, una o dos miserables casuchas, con niños de vientres hinchados por las lombrices, que seguían al camión en una alegre carrera, mientras la polvareda roja los envolvía inmisericorde.

Llegaron al campamento y ya los estaban esperando. El teniente fue formándolos por parejas, les dio un machete y los puso enfrente de los tajos de caña. La orden fue clara y concisa, no habría descanso hasta que todo el campo estuviera cortado.

A mediodía creyeron llegar al límite de la resistencia física, ya no podían más, las manos sangraban, las costuras de la camisa irritaban la piel, las hojas de caña cortaban el rostro como si fuera una segueta, el sudor corría por todo el cuerpo, como un manantial y se aposentaba en las botas, provocando un ardor terrible en las recién formadas ampollas.

Uno, él mas joven del grupo, aquel que era casi un niño, no pudo aguantar más y comenzó a llorar. El teniente sintió los sollozos y como una saeta le saltó encima y comenzó a zarandearlo, mientras le gritaba los epítetos más degradantes con que se puede ofender a un hombre. El joven en un acto heroico levantó el machete, y se le encaró al oficial, el tono y las formas cambiaron bruscamente, la cara de mandril del teniente se suavizó y una sonrisa de miedo apareció en ella, después su voz se volvió conciliadora. Le dijo al muchacho que descansara un rato y que cuando se sintiera mejor que volviera a su tarea. Y se marchó a la guardarraya del cañaveral.

Ya no había fuerzas para más, los brazos apenas podían levantarse, las manos en carne viva apenas podían apretar el machete, las cantimploras estaban vacías y las gargantas era una llamarada, que ni el guarapo de las cañas recién cortadas lograba apagar. Todos estaban en ese punto en que cuerpo y mente se vuelven insensibles, insensibles al dolor y ajenas al miedo. En ese momento sintieron el disparo.

Primero fue la sorpresa y después el miedo, cuando salieron de la parálisis, corrieron hacia el lugar de donde provenía el sonido y se quedaron horrorizados, cuando

vieron al teniente con el revolver, todavía humeante, en la mano y el muchacho, como una mariposa con las alas extendidas, desangrándose, sobre una pila de caña.

_Trató de matarme y no me quedó más remedio que defenderme-.

Fue lo único que atinó a decir el asesino; porque todos vieron claramente el agujero del balazo, dado a quemarropa por la espalda. Lo había matado a traición, a sangre fría, con ensañamiento, pero claro que no había sido el primero y tampoco que sería el último. Había que huir antes de ser el próximo. ¿Pero como huir de una isla, erizada de ojos y lenguas delatoras?

Además estaba la sed, esa misma abrasadora sensación, que ahora le corroía los recuerdos y le despertaba a la luz del sol del mediodía".

El sol en el cenit castigaba con fuerza, cuando observó llegar al primero. Era pequeño, gris y su aleta apenas sobresalía del agua. Nadie hubiera podido predecir que en tan solo minutos, aquellas aguas estarían infestadas de tiburones.

El cadáver hundía su pierna putrefacta, como un grotesco timón, en el mar encrespado. Como a una orden comenzó el ataque, eran dentelladas furiosas que desgarraban tendones, huesos y trozos de carne engusanada. Con una brevedad espantosa todo fue devorado, pero no se fueron, estaban hambrientos y allí tenían comida segura.

El joven se acercó a aquello que un día fue su amigo, casi su hermano. Una arcada le hizo vomitar la bilis disueltas en agua de mar pero, resuelto, inició la tortuosa tarea de desatar los nudos.

En medio de un mareo angustioso, arrojó aquella masa deforme a su última morada, el vientre de los tiburones.

Al incorporarse, la fatiga se impuso, su cabeza no resistió aquella oleada de sensaciones y contra su deseo, resbaló.

Su cuerpo dio de lleno en el festín de los escualos, el espanto lo inmovilizó, hasta que un breve reflejo le alertó de un peligro mayor, la balsa se alejaba. Con todas sus fuerzas luchó por llegar a la embarcación, pero sus brazadas inútiles apenas lo distanciaron del vórtice de terror.

A su espalda algo restalló, se volvió instintivamente para ver la dentellada asesina, pero era el extremo libre de la cuerda que, como una cola de cometa continuaba unida a la balsa y a ella se aferró, como última posibilidad. Entonces comenzó a gritar, gritó hasta perder la razón.

Cuando volvió en sí, estaba acostado sobre la plataforma de madera. La balsa seguía a la deriva, entre espejismos de nubes y quimeras de mar.

Los descubrieron días después, en una playa cualquiera, comidos por peces y plagas, con ampollas reventadas en jirones de piel y murmurando historias de horror; pero inexplicablemente vivos, a pesar de todo.

Eran los primeros en llegar a tierra libre. Sobre la arena quedó pudriéndose la vela con la imagen forjada de una virgen mulata, como aguardando por los próximos que habrían de venir.

CAPITULO IV

Allí estaba el palomar y ella dentro, como una paloma más. Allí habían estado desde siempre. Era muy anciana, prácticamente un amasijo de huesos y venas, su cuerpo encorvado, escondía en su interior una vitalidad increíble, pero era en sus ojos brillantes donde estaba toda la luz del palomar.

Reclinada en el sillón, partía con sus menudas manos el pan que venían pollos y palomas a comer; mientras nosotros, a sus pies, escuchábamos embelesados sus historias:

"Nuestra casita quedaba próxima al cementerio, ese lugar tan apacible y hermoso durante el día y tan espeluznante en la noche. Aquel era mi lugar preferido. Empinaba papalotes y chiringas de papel, enterraba mis muñecas de trapos o simplemente buscaba caracoles fósiles, para convertirlos en valientes gallitos de pelea. Pero mi mayor placer era hurgar, en la vida de aquellos muertos recientes a los que siempre les llevaban flores. En un principio no entendía, por qué a los antiguos panteones nadie los visitaba, luego aprendí que no era olvido sino simple resignación.

Recuerdo que un día llegó una señora muy extraña, sus vestiduras negras eran ricas, aunque algo pasadas de moda y se reflejaban, como nubes de tormenta, en su atribulado rostro. Comenzaba a caer la tarde y una ligera niebla empañaba mis pupilas. A pesar de su porte orgulloso, no se opuso a mi harapienta compañía, quizás fuera lo triste del momento, pensé. Pero había algo tétrico en la atmósfera, que hacía erizar mi piel y comencé a temblar.

Atravesamos las interminables hileras de sepulcros y panteones señoriales, para detenernos en una lejana y casi anónima tumba. Era una pequeña parcela de tierra negra, demarcada por un rectángulo de vulgares ladrillos rojos y una cruz.

La cruz era lo más valioso de todo el entorno. Su manufactura reflejaba opulencia, poder y una nobleza que contrastaba con la miseria circundante. Era majestuosa, a pesar de los signos que la intemperie había grabado en el corazón del hierro.

La señora dio un paso y se dejó caer de rodillas sobre la tierra húmeda, se persignó y por un momento elevó su mirada al cielo; luego hundió su rostro en aquellas rosas amarillas, que yo no había visto en sus manos, y las depositó junto a la cruz. Después, dulcemente, me atrajo a su regazo, que olía a jazmines recién abiertos y con una voz semejante al ronroneo, me dijo:

_Quiero que vengas siempre y lo cuides por mí, porque éste es el lugar donde reposan los orígenes de tú stirpe.

Y desapareció en una nube de polvo que hizo estremecer los pétalos amarillos.

Sí, yo era pequeña, muy pequeña y me antojé de salir al retrete, aquella fría madrugada. Allí dentro me puse a contar las estrellas que se veían a través de los agujeros del techo. Un escalofrío me hizo estremecer y empecé a sentirme como mareada, de repente por las rendijas de la pared comenzó a filtrarse una luz, como de relámpago, que se fusionó en un enorme perrazo con las fauces listas para tragarme. Entonces me desmayé, con las primeras fiebres de la epidemia.

Cuando desperté estaba en los brazos de mamá:

Lo viste, era el perro, fue eso lo que te asustó. Fue lo único que me dijo y me estrechó, temblando contra su pecho."

El aleteo de palomas espantadas nos rompe el encanto del suspenso. De pie, en el umbral, nuestro tío espera porque todo vuelva a la normalidad para entrar y besar a la abuela. Viene vestido con su uniforme verde-olivo, su pistola al cinto, una barba incipiente, las botas recién lustradas y ese extraño poder que transmite un arma a la cadera.

Me voy de nuevo a la montaña. Dice sin mirar.

Esas también fueron las palabras de tú hermano. Contesta secamente la abuela y la conversación vuelve a hipnotizar a las palomas.

_Tú no comprendes. Rogelio está equivocado. Hay que salvar la revolución, su actitud no ayuda.

_Quizás, pero recuerda que nada está por encima de la familia. El tío hizo una mueca de enojo y volvió a hablar.

_Sólo vine a despedirme... Trataré de volver con él.

_Entonces, despídete también de tus sobrinos. De seguro ellos no olvidarán éste momento.

Desde su altura, descendió una mirada desdeñosa y un nuevo revuelo de palomas nerviosas nos hizo comprender que la conversación había concluido, devolviéndonos a la realidad del vetusto palomar en penumbras.

La abuela extendía sus manos, repletas de granos de maíz, hacia aquellas sus adoradas criaturas, mientras nosotros pugnábamos por salir del trance en busca de la luz y el inconfundible aletear agradecido.

Por supuesto que nunca olvidaríamos aquella conversación y, menos aún, la cruel mirada de aquel rostro, ensoberbecido por el odio y el fanatismo de una causa.

* * *

Mi padre y mi tío comulgaron siempre las mismas ideas revolucionarias. Ellos aspiraban a vivir en un país libre, sin interferencias foráneas, sin corruptos, sin golpes militares cíclicos, sin tiranos eternizados en el poder, sin presos políticos, sin exiliados, sin

torturados, sin muertos; ellos soñaban una utopía hermosa y asequible. Que más podía esperarse de dos jóvenes influidos por una época convulsa y mutable.

Estuvieron en todas las manifestaciones de la universidad, asaltaron un cuartel del ejército y, creyendo alcanzar el cielo, cosecharon estrellas de plomo; así entraron en la historia del movimiento armado. Distribuyeron panfletos, vendieron bonos, transportaron armas, se involucraron en casi todos los actos de sabotaje y los atentados más suicidas contra los sicarios del régimen.

Siempre estuvieron unidos en el peligro latente de la clandestinidad y la lucha guerrillera de las montañas, hasta el triunfo final y la orgullosa llegada de barbas crecidas.

Dice la abuela que fue el primer discurso del líder el que los separó para siempre y que mi padre dijo sentirse traicionado en sus ideales, pero yo creo que la abuela exagera.

Todo no comenzó ahí, fue después, cuando comenzó la venganza y la envidia, los continuos fusilamientos, el presidio más terrible y despiadado que el de la dictadura depuesta, los abusos y atropellos del poder tan rápidamente corrompido; tantos infelices forzados a convivir y trabajar con asesinos y delincuentes de la peor calaña, tan solo por creer en Dios, por disentir públicamente con el nuevo régimen, por ser exitosos, por ser homosexuales o tan solo por una calumnia. Todo esto, más que un pequeño e intrascendente discurso de hora y pico, fueron las causas que los separarían definitivamente.

* * *

El monte volvía a estremecerse, estaban cercados y la posición era insostenible. Las milicias los había acorralado durante la noche y los primeros disparos agudizaron su

desesperación. Ya la treinta tenía el cañón al rojo vivo y todos rezaban porque nunca amaneciera. Los cuerpos temblaban y la transpiración nerviosa, se revelaba, incluso a la humedad reinante.

Disparaban a discreción hacia un blanco imposible, solo los aullidos de dolor en ambos bandos demostraba que se hacía daño, aunque fuera a tientas. Había que salir de aquel matadero a cualquier precio, por eso se arrastraban entre la maleza en dirección a las primeras rocas. Solo si llegaban a la ladera de la montaña tendrían alguna posibilidad.

La treinta hizo silencio y todos comprendieron la razón, por la zona de María Antonia los disparos fueron espaciándose y pronto allí, también cesó la resistencia. Ahora sólo quedaban ellos y se detuvieron en la carrera para vaciar algunos cargadores. Su acción aislada apenas consiguió enfurecer más a la jauría, que respondió con granadas, ráfagas cortas de ametralladoras y consignas revolucionarias.

Ya no se arrastraron más, corrieron, resbalaron, treparon, volvieron a caer y continuaron en su loca carrera por vivir. Pero el suspiro de la muerte los perseguía con implacable constancia. Eran pocos hombres y fueron quedando en el camino, para nunca más ver el amanecer.

Ahora la ladera se mostraba acogedoramente cerca, por eso apuró la marcha y comenzó a escalar. Las piedras rodaban, la barba se le enredaba entre las espinas de marabú, las manos le sangraban y el cañón ardiente del arma, le quemaba los espacios de piel que brotaban de entre los jirones de la camisa. Pero no se rendía.

Escuchó llegar el sonido silbante. Era como una navaja en el aire y el dolor penetró por su espalda. Cuando lo encontraron, apretaba en la mano el crucifijo que le regalara su madre. Estaba vivo, pero inconsciente por el dolor y la sangre perdida. Un grito fue lanzado al amanecer, por fin lo habían atrapado. Era el último alzado.

Malamente lo remendaron, no se podía malgastar medicamentos en un traidor. Lo arrojaron sobre la silla de ruedas y así hicieron su entrada triunfal en aquella prisión heredada de la colonia. Lo pasearon por todas las galerías como un trofeo y el silencio de

los reos les supo a gloria, después lo introdujeron en la sala, que ellos llamaban, de la corte.

Todos eran militares de alta graduación, incluso algunos habían sido sus subordinados y compañeros de lucha, pero ahora eran sus fiscales. Las paredes de la sala bullían de insectos, las raíces en las cuarteaduras de la roca, rezumaban una salitrosa humedad. Aquellos ojillos de alimañas en la penumbra, eran el único público permitido en aquel importante juicio. Pero él no observó nada, ni escuchó siquiera las palabras airadas con que le ofendían y denigraban. Su espinazo deshecho sólo emitía señales de dolor, que a duras penas mordía antes que permitirles salir de sus labios, quebrados por la tortura.

La farsa, por suerte, concluyó pronto y con un discurso rimbombante fue pronunciado el fallo del tribunal militar:

Paredón de fusilamiento para el traidor.

Lo volvieron a arrastrar por los corredores angostos de la injuria y la vergüenza, pero ahora su nombre era coreado por todos los reclusos.

Los calabozos eran un hervidero humano que golpeaba sin cesar con cualquier objeto; se golpeaba las literas, los pisos, las paredes, las gruesas barras de metal que los separaban del héroe y su nombre era un grito en todas las gargantas. Hasta que por fin llegaron al patio.

La silla de ruedas, filtra la sangre que se le escapa por la herida abierta. Tiene puesto su uniforme de campaña, la barba espesa se resalta encanecida, al igual que el cabello que cubre sus hombros, el rostro a duras penas deja entrever un rictus de dolor; pero su mirada firme y serena infunde respeto en los hombres que forman el pelotón.

Todo es silencio, se ha detenido el tiempo; sólo se percibe una leve brisa que llega del mar próximo y que se atreve a despeinarle el ensortijado cabello. Escucha las fatídicas

palabras pronunciadas a toda voz y luego el destello. Solo fue eso, como una estrella que penetró en su vida.

Después, miles de voces se levantaron al unísono para cantar el himno nacional y hacer fallar la mano temblorosa del verdugo que aplicaba el tiro de gracia.

* * *

Cuando mi tío llegó, el llanto de las mujeres y los gritos de angustia de mi madre, nos despertaron de nuestro sueño inocente. Recuerdo que nos levantamos de la cama y, descalzos, intentamos aproximarnos a la habitación de donde salía el llanto desconsolado. Antes de conseguir nuestro propósito, fuimos detenidos por la mano vigorosa de la abuela:

Vengan conmigo, les voy a enseñar cuan bella es la salida del sol. Y casi arrastrándonos, nos llevó a verlo salir del palomar.

Mientras se transfiguraba en tonos rojos y naranjas el azul pálido de la madrugada, la abuela acariciaba nuestras cabezas, hundiendo sus largos y huesudos dedos entre la maraña de cabellos. Fue una sensación de ternura difícil de olvidar. En la lejanía, como el mar encrespado, escuchamos su sollozar.

_Su padre ha muerto. Nunca se avergüencen de él, sigan siempre su ejemplo. Y ahora, si quieren llorar, pueden hacerlo junto a mí.

Nos dejamos arrastrar por un sentimiento de inseguridad repentino, de pérdida irremediable, de abandono total y, sin comprender bien el porqué, ya el amanecer no pareció tan bello.

Por la noche colocaron el ataúd en medio de la sala. Estaba sellado herméticamente y a su alrededor colocaron sillas plegables de madera. Un crucifijo enorme, nos miraba desde lo alto.

Las tías quisieron llevarnos de allí, pero mi madre y la abuela lo impidieron furiosas. Mi hermano pronto se durmió, mientras yo luchaba contra el sueño tratando de descifrar aquel hecho trágico, que más que un enigma, era algo novedoso y extraño para mi corta edad.

En la mañana llegaron los militares. Tío conversó con ellos y luego con mamá. La atmósfera de la sala estaba saturada del olor dulzón de las flores fúnebres, pero sobre él sobresalía un aroma extraño, como de palomas muertas. Se aproximaron aquellos que vestían como mi tío y, sin hablar, sacaron el féretro. Ya quedaban muy pocas personas en la sala y nosotros también salimos, uno a cada lado de mamá; la abuela iba delante custodiada por las tías, que lloraban por lo bajo. Ni mamá, ni la abuela se permitieron aquel simple gesto de debilidad. Tenían que darnos el ejemplo.

Hubo unos minutos de confusión, cuando tío quiso que la familia montara en uno de los vehículos militares, pero la voz clara de la abuela se escuchó por encima de todos:

Me lo mataron y no lo pude impedir, pero nadie me impedirá que lo sepolte según mi parecer. Y no dijo más.

El carro fúnebre salió con su acostumbrado andar de tortugas y la procesión detrás. Sólo la familia acompañaba a mi padre. Ni un amigo, ni un vecino, ni un conocido, ni aún su hermano que optó por quedarse en la casa. Aisladamente algún postigo tembloroso se entreabría para vernos pasar.

El camino al cementerio era largo y empinado. Salvo para mirar a un raro señor de levita negra que se quitó el sombrero al pasar el cortejo, nada me hizo separar la vista de aquella caja, donde decían estaban los restos de mi padre; ni siquiera el redoblar lastimero de las campanas.

Apenas me di cuenta que nos habíamos detenido, que el portón de hierro se habría y que con dificultad extraían el ataúd del carro. Allí, de nuevo, estaban los militares. Ellos

se encargaron de todo. La tierra estaba húmeda y me dio miedo mirar la profundidad de la fosa.

Dos hombres en camiseta pasaron largas cuerdas por los extremos de la caja. Y suavemente comenzó a descender a la eternidad otro fusilado más y éste, por desgracia, era mi padre.

Justo cuando comenzaba a caer la tierra en rítmicas paletadas, comprendí que la vida era simplemente para morir. Los sueños quedaban guardados bajo aquella rústica cruz de hierro, para siempre.

* * *

Llovía como nunca. Toda la noche sentimos caer, como piedras, las gotas sobre el techo de zinc. Habíamos pasado el día preparando las valijas y mamá tratando de escurrirse las lágrimas por los rincones más ocultos de la casa. Había llegado la hora de la partida y de la separación. Sus ojos irritados, delataban el dolor insoportable de otra pena.

Sólo la abuela, con su férreo carácter, había logrado convencerla. Se iban, mi hermano y ella abandonaban el país. Yo tenía que quedarme, por una absurda ley de servicio militar.

El día continuó plomizo y con una impertinente llovizna. La abuela apenas se daba un minuto de reposo entre la cocina, los equipajes y darle aliento a mamá. Almorzamos en silencio y sin percatarnos apenas de que lo hacíamos, nuestras mentes permanecían bloqueadas por una idea única: cuándo estaríamos reunidos otra vez.

Los amigos, los vecinos y algún que otro curioso, estuvieron importunándonos toda la tarde en inútiles despedidas, que para ellos casi significaba una fiesta en el mejor

sentido, porque era una alegría saber que alguien se salvaba del tormento, era como si una parte de ellos también se fuera del país. Pero para nosotros era un duelo, era la incertidumbre de una ruptura abrupta y de una reunificación impensable, era el terror recíproco por los que se iban y por los que nos quedábamos.

El aeropuerto comenzaba a languidecer a tempranas horas de la noche, aunque era como un oasis de luz en medio de la ciudad apagada. Solamente se veían pequeños grupos familiares que se despedían. Todos se fundían en abrazos y besos que no ocultaban el dolor y el sufrimiento, despedían a los seres queridos que habían sido echados de su país, obligados por las circunstancias a exiliarse y que tan solo cargaban su tristeza y frustración hacia lo desconocido, con apenas un bulto de ropa.

Por fin nos tocó el turno. La abuela abrazó a mamá y le dijo algo al oído, luego besó a mi hermano y le concedió el importante privilegio de proteger a nuestra madre. Entonces di un paso al frente y dándomelas de hombre, también abracé a mi hermano, pero cuando mamá me tomó entre sus brazos y del pecho le brotó aquel gemido de angustia, quedé tan indefenso que no pude atajar el sollozo, que echó a perder mi bien estudiado papel.

Cuídemelo vieja, ahora es suyo. Dijo mamá y bruscamente se internó en el frío corredor, con mi hermano de la mano.

La abuela me palmeó la espalda y con la voz quebrada dijo:

_Ahora estamos solos, pero no será por mucho tiempo.

Sería aquella la única vez, que la abuela me mintiera deliberadamente.

Recuerdo que al llegar todo era diferente, la casa parecía enorme y el silencio instaba a llorar. No me resignaba a ver las camas vacías, a no escuchar la voz impertinente de mi hermano y hasta extrañaba las constantes peleas de mamá. La abuela pareció darse cuenta de mi desasosiego y me llamó a su lecho. A partir de esa noche, hasta el día de su muerte, compartiríamos los sueños y los desvelos.

Te voy a contar una historia de fantasma y visiones, de esas que tanto te gustaban cuando niño, será como en los viejos tiempos. Fue lo primero que me dijo, cuando me acomodé debajo del mosquitero.

"Todo comenzó con el cacarear ilógico de las gallinas, a las tres de la madrugada. El perro se incorporó de su rincón y como poseído por el demonio, empezó a ladrar y a querer derribar la puerta de madera. Por fin logró abrir una brecha entre las tablas y frenético se perdió en la oscuridad del patio.

La mujer sacudió con brusquedad al hombre, que medio dormido aún, se incorporó y a tientas trató de alcanzar las botas; pero su mano tropezó con algo frío y repulsivo que se escabulló de tan solo rozarlo. Alarmado, prendió el trozo de vela y su horror no tuvo límites cuando vio que el piso de su vivienda, como un espejismo, se contorsionaba en una masa compacta de miles de víboras. Escuchó el grito de terror de su esposa, pero no pudo calmarla, porque inmediatamente otro alarido brotó de la profundidad de la tierra. Las paredes se desplomaron y enormes grietas en el piso comenzaron a succionarlo.

La mujer a duras penas se arrastró, por entre la maraña de escombros de adobe y madera, hasta lograr salir al exterior. Allí, el espectáculo no podía ser más sobrecogedor. La tierra seguía temblando y se quebraba en múltiples abismos. La montaña se retorció, como adolorida, y las heridas que el movimiento dejaba a su paso se tragaban hectáreas enteras de bosques.

Las cumbres nevadas rodaron, en un imponente alud de barro, por las laderas y su peso devoró por completo los restos del pequeño pueblo. Cuando concluyó el sismo, la única señal de vida que quedó en aquella tierra arrasada, fue aquella menuda figura femenina que, rodeada de incendios, se sostenía el vientre grávido.

Como una demente, se lanzó sobre el lugar en que minutos antes estuviera su vivienda y, con las manos, inició el arduo trabajo de remover las toneladas de barro que sepultaban al ser querido. Al amanecer tuvo que interrumpir su tarea. Vencida por la fatiga y el desaliento, dejó escapar un lamento de impotencia y se derrumbó de espaldas sobre el lodazal.

Volvió en sí cuando el sol ya estaba en lo alto, el fango se había petrificado en su cuerpo y la sangre coagulada atraía un enjambre de moscas. Por primera vez, desde los precipitados acontecimientos, pensó en ella y con eso lo único que logró fue arrancarse un sollozo.

Se incorporó vacilante y, dando tumbos, fue a hundirse en las turbias aguas del río. La corriente arrastraba troncos, ramas, animales ahogados y algún que otro vestigio humano. Permaneció en el agua helada casi una eternidad, como deseando que los rápidos le suprimieran de golpe, toda la amargura de su infortunio. Pero el penetrante dolor del vientre, le recordó su estado y le estimuló a salir. En la orilla, los rayos del sol secaron su ropa echa harapos y sus lágrimas inútiles.

Después tomó las riendas de su destino y comenzó a ascender por la escabrosa montaña, en busca de la luz..."

Qué historia más rara abuela. Dije, tratando de quebrar aquel silencio repentino.

_Bueno, en realidad no es una historia, fue un sueño que tuve hace muchos años, quizás el único sueño que he tenido en toda mi vida. Fue más que un sueño, fue una revelación, porque al día siguiente, sucedió una gran tragedia. Es raro, pero recién hoy es cuando vuelvo a recordarlo.

Y no dijo nada más. Apagó la pequeña lamparita de noche y, con la oscuridad, me conminó a dormir.

LUMPENS Y ESCORIAS

Ya casi llegan, al doblar en la próxima esquina se darán de frente contra la primera barrera y ya no podrían regresar. Se acostaron en la parte trasera del camión y las

madres protegieron a sus hijos con el cuerpo. El chofer hundió a fondo el pie en el acelerador y se lanzó contra la verja de hierro que les cerraba el paso a otro mundo.

Las armas de la posta respondieron tardíamente y uno de los guardianes fue arrastrado por el vértigo de la carrera incontrolada. Ahora la embajada abría sus puertas, como brazos quebrados. Ya estaban adentro o, mejor dicho, fuera de la pesadilla. Así comenzó la gran estampida.

El timbre del teléfono rompió la monotonía del sueño. Antes de contestar, comprobó lo avanzado de la hora. Levantó el auricular y escuchó unas breves palabras que ni siquiera aguardaron por su respuesta y cortaron la comunicación bruscamente.

Daniel atravesó el corredor y, con dos golpes ligeros, le franquearon la entrada a la habitación. Apenas repitió las palabras dichas por teléfono y una febril actividad transformó la somnolencia de sus padres. Como por una contraseña, la casa entera se animó. Quien pudiera observar la escena llegaría a la conclusión, de que aquellas personas no deseaban perderse una cita única y no estarían errados.

Sólo guardaron unas prendas de vestir, imprescindibles, en un pequeño maletín. Auxiliaron a la anciana casi inválida, listo todo, apagaron las luces para lanzarse en una carrera contra el tiempo, hacia lo que podría ser la última oportunidad de escape.

Durante el trayecto no se dijo palabra alguna, ni siquiera la asustada viejecilla, en su esclerosis senil, se atrevió a pronunciar un sonido, parecía que las ideas estaban pendientes del silencio.

Llegaron antes de comenzar a clarear. Ya la gente se movilizaba para sus trabajos y las paradas de autobuses lucían sus grandes aglomeraciones de hombres y mujeres hoscos e irritables que peleaban sus derechos en las filas interminables. Para ellos sin embargo, todo les era indiferente. Detuvieron el carro a una cuadra escasa del lugar, con cuidado bajaron a la anciana y comenzaron a ayudarla en la agotadora caminata.

Descansaban a cada instante, reprochándose el olvido involuntario de la silla de ruedas, para de nuevo continuar en la difícil tarea de arrastrar un par de piernas inútiles.

El cordón de carros patrulleros los atemorizó lo suficiente, como para imprimirle mayor velocidad al desplazamiento de la viejecilla, que ahora era prácticamente izada en hombros. Al cruzar la calle fueron agredidos verbalmente por los policías, pero un suceso inesperado logró desviar su atención.

Con las luces superiores encendidas y haciendo ulular las sirenas, un carro patrulla atravesó las barreras y se hundió en la profundidad del jardín. Era otro más que desertaba, otro que huía hastiado de llevar una vida de máscaras perpetuas. Todo fue de una sorpresa inaudita y cuando se iniciaron los comentarios, ya ellos también habían penetrado por el camino de grava de la mansión-embajada.

Bajo el primer árbol dejaron reposar los maltrechos miembros de la anciana aterrada. Algunos de los asilados se aproximaron y una mano caritativa adelantó un vaso de agua turbia, como muestra de bienvenida.

Todavía no llegaban las fieras, pero con la mañana la ciudad despertaría y el tirano ya estaría listo para lanzar el primer zarpazo.

* * *

En su litera de presidiario, un negro joven soñaba. Siempre la inminencia del día le traía el descanso que la noche de vigilia le negaba y por eso Juan soñaba cuando el despertar era casi una certeza.

"Los cinco reclutas avanzaban en columna, por los mismos lugares en que las extranjeras de piel lechosa, tomaban el sol desnudas. Ahora la arena estaba desierta y era noche cerrada.

La lancha, pintada con estridentes colores tropicales, yacía de costado, alejada de la marea. Desorganizadamente comenzaron a arrastrarla, hasta que por fin lograron colocarla en posición navegable. En ese instante, el intestino se le reveló con una premura incontrolable, más intensa que su deseo de escapar.

Nadie bromeó, porque la interrupción era de un riesgo enorme, las palabras de apremio fueron coreadas en un susurro. Apenas tuvo tiempo para llegar a los arbustos, ni siquiera pudo desatar el grueso cinturón. Los disparos, las voces de alto y el rugir de los motores fuera de borda lo precipitaron en una demente carrera a través de la ciénaga. Ahora todo era huir y, para colmo de desgracias, comenzaba a llover.

Corrió toda la noche y cuando llegó al pueblo era una figura de barro. Lentamente, creyéndose a salvo, dejó que la lluvia borraría todo rastro de su escapatoria; luego, se encaminó a la parada de autobús más cercana y se acurrucó en el rincón más oscuro de la caseta prefabricada. Allí mismo la policía le puso las esposas y a empellones, golpes y patadas, lo hundieron en el asiento trasero del carro patrulla."

El sueño se interrumpía siempre, con el hábito fatal de los gritos obscenos y el golpear escandaloso de las rejas. Eran los combatientes o los carceleros, o los torturadores, o como quieran llamarles. Se iniciaba otro largo día.

El ajetreo comenzó a media mañana, cuando llegaron los primeros autobuses. Empezaron a leer nombres y a alinearlos en el patio. Eran muchos y no precisamente los mejores. Se preparaba un traslado, pero hacia dónde. Era la interrogante colectiva.

* * *

Mientras, en la embajada, la situación se deterioraba rápidamente. Ya no quedaba lugar para nadie, pero seguían entrando, unos por el afán de salir del país y otros infiltrados por el régimen para provocar disturbios, riñas y desmanes. Se peleaban por las magras raciones de comida, se luchaba por un sorbo de agua, por un simple lugar bajo el cielo y,

como siempre, vencían los más fuertes. Afuera, las turbas convocadas por el tirano enronquecían con gritos de histeria que pedían sangre.

Como un fantasma llegó el primer barco y a la mañana siguiente el puerto estaba saturado de embarcaciones que desafiaban las leyes de dos países, tratando de salvar a sus familiares a como diera lugar. Llegaban en cualquier cosa que flotara, yates de recreo, lanchas rápidas, pesqueros y hasta navíos improvisados. Nunca imaginaron la burla que les tenía preparada el Comandante.

Y los que estaban en la embajada pudieron salir, después de semanas de atropellos y vergüenzas. Les entregaron un salvoconducto y todo tipo de garantías de respeto a su integridad física. Para ellos también habría sorpresas.

Daniel y su familia llegaron de noche, la casa estaba en penumbras, como casa maldita y así continuaría. El servicio eléctrico, el agua y el gas se lo habían cortado pero, desfallecidos como estaban, ni siquiera les importó y sucumbieron al sueño.

Por la mañana, despertaron alarmados por la manifestación. Decenas de personas se aglomeraban gritando las consabidas consignas vulgares, cantos obscenos, palabras denigrantes y de los gritos pasaron a la acción: cajas y cajas de huevos comenzaron a ser lanzadas contra la fachada de la casa, en un casi infantil apedreamiento; los muros y paredes los pintaban con palabras estridentes y cada participante trataba de resaltar, de la forma más vil y canallesca posible. Pronto los ladrillos y las piedras sustituyeron a los inofensivos huevos y empezaron a caer en medio de la sala.

Los alaridos y las piedras alcanzaron un límite insospechado, antes que las turbas desatadas volcaran su frustración contra otra familia disidente. Eran tiempos terribles, en los que se vaciaban escuelas y fábricas para formar un coro de repudio, para aterrorizar a los que pugnaban por huir y a los todavía indecisos, para engañar a los incautos y estrangular a los débiles de espíritu. Eran tiempos de progrom con temperatura tropical.

En la prisión ya se conocía el destino final de los trasladados, seguían pronunciando nombres y las celdas se vaciaban, mientras él continuaba aferrado a los barrotes, rezando por ser el próximo. Primero sacaron a los de máxima seguridad, luego a

los violadores, a los ladronzuelos, a los jugadores, a los homosexuales; fueron miles los reclusos que salieron. Unos por su voluntad y otros obligados, pero todos tuvieron la posibilidad de tocar el sueño.

Sólo quedaron dentro, en aquellas cámaras malditas, él y cientos de políticos más, para ver cómo en pocos meses se volvían a llenar aquellos lugares vacíos. Ellos seguirían siendo los rehenes del tirano.

** * **

Tocaron a la puerta. Por el visillo vieron al policía y a las masas convocadas para un acto político más. Despectivamente fueron informados de la ansiada partida. Sólo tendrían que atravesar la calle y estarían bajo el halo protector de los guardianes del orden y la ley. Por eso se encomendaron a Dios antes de iniciar el avance.

Y echaron a andar entre la lluvia de huevos, piedras y golpes. De pronto se vieron dentro del círculo, unos puños anónimos los derribaron al suelo y allí comenzaron a maltratarlos con saña.

La anciana rodó por el pavimento y ni su edad, ni su postración, la salvó de los puntapiés y los escupitajos; los hombres fueron salvajemente desfigurados con maderos y cadenas; a la madre la arrastraron por el cabello y, en un arranque de violencia total, le hicieron ripios el vestido.

Como reptiles acosados lograron llegar al carro patrullero. Con la escasa visión de un ojo, Daniel observó a una fuerza policial de brazos cruzados y semblante alegre, celebrando aquellas muestras de adhesión y fidelidad al régimen. Humillados, mutilados y semidesnudos, subieron al barco repleto de criminales, prostitutas, homosexuales y dementes hostiles. Esos serían sus compañeros de travesía. Tras de sí dejaban una nación dividida por algo más profundo que aquel mar de olas encrespadas. Una que se

enorgullecía de exportar su vergüenza y otra que lloraba por todos los buenos que quedaban y que no podrían salvarse de la venganza.

Pero gracias a la abulia de un género humano, saturado de tragedias, aquella sería rápidamente olvidada y sólo quedaría su referencia histórica y su nombre traumático.

CAPITULO V

La abuela, como siempre, se había levantado a los primeros síntomas del amanecer. Encendió la hornilla de queroseno y preparó la dudosa infusión de café. Luego cortó en pequeñas rodajas, el pan duro del día anterior y lo dejó tostar en la tiznada caldera; para concluir, puso a hervir el jarro de leche, agregándole siempre un poco de agua.

Todo lo tenía tan escrupulosamente planeado que, cuando estuvo listo el desayuno, salió con tranquilidad al patio a recibir los primeros rayos del sol.

Debajo de las sábanas intuí todo el proceso y hasta pude imaginármela dándole de comer a los animales. La mañana era fría y fue casi una blasfemia salir del calor del lecho; pero mi estómago de adolescente mal alimentado, sucumbió al aroma que salía de la cocina y literalmente me arrojó de la placentera modorra.

Mientras bebía el café, mis pensamientos fueron hacia mi madre y mi hermano que luchaban por sobrevivir, con las angustias y sobresaltos de la separación, en un país ajeno. No sé por qué mi memoria sólo podía retener aquel pequeño detalle de la última carta, donde mi madre decía que lloraba todos los días por la ausencia de gorriones y por el enanismo crónico de unas palmas sin corona.

Pero estas imágenes desaparecían de sólo ver a la abuela, hundida en aquel huracán de plumas negras y blancas, siempre riendo, con aquella risa capaz de ocultar hasta las heridas de su voz.

De vuelta ya, se apresuró a servirme la leche y el pan, masculló unos buenos días y algo sobre otro domingo negro y con prisa se marchó a la iglesia, apretando entre sus delgados dedos aquel rosario de cuentas de azabache.

A esa misma hora mi tío viajaba, oculto, con miles de hombres y un arsenal, en la bodega de un carguero con bandera y nacionalidad camuflada. Todos iban a la guerra.

* * *

"Han pasado meses y tal parece que son años, el olor de la pólvora se ha incrustado en los uniformes y hasta la piel resuma una fetidez ácida, achacable a estos días desesperados de encierro en las trincheras.

Los rebeldes siguen golpeando nuestras posiciones, no dan tregua, es un martilleo implacable de artillería pesada, de día, de noche, de madrugada; no nos permiten el más mínimo descanso. Pero no han logrado cruzar el puente sobre el río y eso los enfurece más.

Montones de cuerpos, montañas de cadáveres que se descomponen bajo temperaturas de ebullición, escombros de armamento y ruinas humanas mezcladas con carroñeros atrapados en medio de sus hartazgos, por balas confundidas.

Ese es el panorama sombrío, destacable en millas a la redonda.

Luego estamos nosotros, bajo tierra, con comida apenas para sobrevivir, con agua para beber a cuenta gotas, con una radio averiada y a miles de kilómetros de nuestra gente que ya no saben si somos vivos o muertos. Preguntándonos a cada momento si los aviones nos sacarán de éste hueco en medio de la selva africana o quizás sean los otros los que lo hagan, en una batalla definitiva.

Es tanta la incertidumbre, que cualquier alternativa nos parece justa. Es la necesidad de salir de ésta desesperación, de ésta duda de vivir o morir, a pesar de todo.

Llega la noche, las llamas iluminan la selva dándole un color naranja, las bengalas hacen el día y las trazadoras, hasta le cambian al río sus tonos grises, por otros más alegres.

Esporádicamente un grito de dolor se confunde con el aullido de una fiera hambrienta. Es un espectáculo sobrecogedor.

Ahora los guerrilleros comienzan su ofensiva final, se lo juegan todo y tienen muchas razones a su favor. Quizás también ha llegado el momento de dar respuesta a todas las interrogantes que estallan en mi mente, como las granadas en la superficie del puente. La primera es sobre la validez de ésta guerra, por qué venir de tan lejos a morir por extraños, con mirada de odio, será ideología o simple locura, ésta pelea ilógica.

No debí estar aquí, todo es un error, una enorme equivocación, pero principalmente un engaño.

Despierto en otra pesadilla y lo veo frente a mí. De desearlo, puedo tocarlo con mis manos. Es tan negro que brilla y sus dientes de marfil, que son un resplandor, están unidos en un rictus de salvaje violencia. Me apunta con su fusil, me tiene en su mira, ya aprieta el gatillo, ya estoy muerto. Pero increíblemente baja el arma y, como una visión, se pierde en el laberinto de trincheras junto a las sombras intermitentes.

Por oleadas avanzan por el puente, unos son barridos por la metralla pero otros logran cruzarlo y más, muchos más, siguen intentándolo. Sus gritos ancestrales se escuchan cada vez más cerca y hasta el olor desagradable de sus cuerpos penetra en los primeros refugios.

Vacilo un momento, en la tarea simultánea de escudriñar y disparar hacia las tinieblas móviles, para revisar el cargador de la pistola; está lleno, de todas formas necesitaré solo una bala, llegado el momento. Afuera la muerte sigue su rutina eterna. A mi diestra yace sin rostro el más joven de la compañía, pero no es el único; aquí y allá, diseminados, están los otros, unos muertos y la mayoría agonizantes. Se va aproximando el fin, ya vienen por mí... "

En el supremo instante del asalto a las trincheras, la columna rebelde fue rechazada por el fuego efectivo de los aviones MIG. Pero no pudieron evitar que la compañía que protegía el puente fuera diezmada y así lo puedo asegurar, porque uno de los escasos sobrevivientes de aquella sangrienta jornada fui yo.

* * *

El invierno mostraba temperaturas benignas y aprovechábamos aquella leve tregua de sol, sentados en los escalones del frente. Ni siquiera hablábamos, preocupados cada uno en sus propios pensamientos. Parecíamos reptiles adormilados.

Lo vimos aproximarse, vestido todo de verde olivo y pensamos en lo peor. Sentí el aceleramiento de mis pulsaciones y algo se movió bruscamente en el estómago, la abuela apretó su boca, como si quisiera controlar su respiración agitada.

Lentamente su figura creció. Era alto, muy delgado y su tez amarillenta, le daba un carácter enfermizo a toda su fisonomía. Su voz, fuerte y segura, desmintió cualquier hipótesis sobre su edad; más bien demostró una juventud prematuramente envejecida. Saludó con las palabras de rigor, miró a ambos lados de la calle y le entregó un sobre arrugado a la abuela.

_Aquí le manda su hijo. Él está bien. Destruyala después, por favor. Hasta pronto y encantado de haberles conocido.

Y se marchó por donde vino, rechazando toda invitación. Su andar fue entonces, como de animal acorralado. Tan rápido como llegó, desapareció de nuestra vista, tragado por la sombra de la Ceiba centenaria.

La abuela cerró la puerta y las ventanas, y como para una celebración, se metió en la cocina; coló la pizca de café del futuro desayuno y con el aroma flotando en el ambiente, rompió el sobre.

"Son mis deseos que todos estén bien de salud. Aprovecho que el portador es de toda mi confianza, para escribirte lo que sería incapaz de decirte personalmente.

Comenzaré por decirte que ayer conocí a Dios.

Aquí el sol y la lluvia se reparten los minutos y por eso quizás, la caravana avanzaba con demasiada lentitud por aquel camino improvisado, abierto a través de la selva.

Transportábamos armas, proyectiles y combustible. Todo iba destinado al frente sur. Le arrancábamos el máximo de velocidad posible a los camiones, pero el temor a las emboscadas nos mantenía en una constante aprensión y con la punta de los fusiles dirigida hacia un invisible enemigo, plagario de toda la vegetación circundante.

Yo rezaba por terminar, no sólo por llegar al destino ordenado, sino concluir la maldita guerra y regresar a casa.

A mi lado, en el jeep, un absurdo oficial como yo, como tantos, desgranaba un discurso insípido sobre nuestra superioridad militar y la virilidad de nuestro Comandante en jefe. Verdaderamente ya estaba hastiado de toda su palabrería ideológica cuando, en un recodo del camino, nos emboscaron.

Los vehículos que iban delante, volaron por los aires y fuimos atacados desde cada milímetro de selva. Como a una orden, comenzaron a saltar negros dentro del fuego de nuestras armas, sin importarles en lo más mínimo las vidas que iban desapareciendo. Era un ataque sin sentido, suicida, era como jugar a aplastar hormigas; caían por millares.

El "valiente" General a mi lado, trataba de hundirse en la tierra, como si deseara ser engullido por ésta, mientras yo, desesperado, disparaba a toda la muerte que se nos echaba encima.

Vací el cargador en una ráfaga interminable y cuando cesó el destello, el negro estaba parado frente a mí. El torso le brillaba de sudor y sangre, de un tiro le destrozó el cráneo a mi ayudante que, aún muerto, trataba de escapar a las profundidades del subsuelo. Luego arrojó el arma y extrajo el machete. Me miró fijamente, con aquellos ojos rojos de sangre o fuego. Pensé que iba a morir, pero inexplicablemente desapareció,

envuelto en una explosión de dinamita. Inmediatamente, todos se retiraron y declinó el fuego proveniente de la floresta.

Aún recuerdo el resplandor de aquella mirada conocida. Dos veces había perdonado mi vida.

Te juro madre que todo fue instantáneo y de no ser por los cadáveres, enterrados a la orilla del camino, diría que fue una pesadilla enfermiza y repetitiva.

Ese negro era Dios.

Ahora sé que no voy a morir en esta guerra. Que viviré, aunque sea para reparar en algo, el daño que le he causado a tanta gente inocente.

Quiero que me perdonen. Muchas muertes han sido necesarias para resucitar una verdad. Lo lamento. Espero no defraudarlos, ni a ellos ni a ti. Nos veremos pronto."

La abuela depositó la carta sobre la hornilla, miró hacia el patio de palmas reales y gallinas somnolientas y dirigiendo las palabras al borroso cementerio, dijo:

Tú tío vuelve a equivocarse. Ese negro no era Dios. Y volvió tranquilamente a sus quehaceres, en la cocina envuelta en humo.

* * *

A principios de diciembre llegó mi tío. Había soportado largos años de guerra y tan solo había conseguido una enfermedad que lo estaba matando lentamente. Su figura era un espectro y cada noche lo oíamos sollozar, pero según la abuela no lo hacía por dolor físico, sino por los fantasmas que lo asediaban.

Apenas hablaba, a no ser pequeñas pláticas con su madre en el desvencijado palomar, ajenos al bullicio de los pichones siempre hambrientos. Parecían sacerdote y penitente en medio de una confesión o, quizás, dos conspiradores.

Semanas después de su llegada, comenzaron a llegar los muertos de la guerra absurda. Tan solo eran restos, en pequeñas urnas selladas; pero el gobierno había preparado un gran espectáculo para recibirlos como héroes.

Se construyeron aceleradamente panteones y se formaron bandas de música, que ensayaron en maratónicas sesiones hasta estar listas; se integraron comisiones para que, como lloronas, acompañaran en su dolor a los familiares y hasta se hicieron asignaciones extras de café, para el buen desarrollo de los actos luctuosos.

Desde el día anterior, y hasta las horas próximas al entierro, se hizo desfilar frente a las pequeñas urnas cubiertas por una bandera y con la foto del difunto encima, a todo un ejército de trabajadores, reclutas, miembros del partido y sus organizaciones satélites, todo el sistema escolar, jubilados, amas de casa y a cuanto curioso se encontró vagando por la calle.

Todos, o casi todos, lucían su rostro de dolor y miraban con verdadera intriga la imagen fotográfica de aquellas criaturas adolescentes, a las que se les rendía un hipócrita homenaje.

Nunca la radio, la televisión y la prensa, explotaron tanto material denigrante. Era una blasfemia ver aquellas entrevistas de padres sollozantes, que ofrecían el sacrificio de su hijo al tirano todopoderoso; hermanos, hijos y esposas de las víctimas, se decían capaces de entregar su vida por la misma "causa justa".

Muchas lágrimas y golpes de pecho, de aquellos que los habían enviado a morir, convertidos ahora en apóstoles del dolor ajeno.

La fría llovizna sorprendió las banderas a media asta. A una misma hora, partieron los coches fúnebres rumbo a los cementerios, escoltados por el sonido de las marchas

militares y el llanto de los padres. Desde la puerta de la cocina, vimos ascender a la multitud y atravesar la verja de hierro. Primero fue la ejecución del himno nacional, el toque de silencio y los disparos al aire; luego el enclaustramiento en los osarios y, para culminar, el orador de turno comenzó su discurso.

A pesar de los altavoces, sus palabras nunca llegaron a nuestros oídos, pero no era necesario, sabíamos que daría loas al partido, a la solidaridad, al internacionalismo, a la lucha de clases, al tirano, a la patria y terminaría su discurso, por supuesto, con una de las célebres frases apocalípticas, acuñada por la bestia.

La llovizna dio paso al frío y la gente retornó presurosa a sus hogares; entonces mi tío abandonó la cálida atmósfera de la cocina y escaló el camino a la ciudad de las tumbas.

Va a pedirle perdón a sus muertos. Me tranquilizó la abuela.

Cuando regresó comenzaba a caer la noche y su rostro traía una palidez mortal. Quisimos reanimarlo con un poco de café, pero se opuso tajante, se quitó las botas enfangadas y se acostó con el uniforme puesto.

En la madrugada, su llanto nos despertó sobresaltados. La abuela intentó calmarlo, pero todo era inútil. Lloraba y se maldecía en medio de la crisis nerviosa, repudiándose en voz alta por cobarde. Por fin se calmó y su respiración entrecortada volvió a la tranquilidad aparente del sueño.

La abuela estaba asustada, la tensión de sus manos la delataba con solo verla. Con gran dificultad traté de conciliar el sueño, pero las imágenes de siempre comenzaron a agredirme de tan solo cerrar los ojos.

Volví a caminar tras el féretro de mi padre, de nuevo quedé desarmado por la mirada triste de mi madre en aquella despedida, una vez más escuché a la multitud enardecida pedir sangre, sentí sus golpes, sus ofensas y después, la tierra húmeda caer en lentas paletadas.

No me sorprendió, al abrir los ojos, ver el cuerpo marchito de la abuela con su cabeza cana, reposando despierta sobre la almohada.

Tú tampoco dormiste, verdad. Me susurró, entre preguntando o afirmando una respuesta tangible.

_No sé, tal pareciera que todo ha vuelto a suceder-. Le contesté, bajando aún más la voz.

_No te preocupes, no lo vas a despertar. Se ha marchado-.

Esta noticia me desconcertó, pero antes de que mi cerebro sacara conclusiones apresuradas, la abuela volvió a hablar. Ahora entre lágrimas apenas contenidas.

_Dice que va al encuentro de su hermano y que lleva al perro pisándole los talones, como su sombra.

Lentamente sacó el rosario y se puso a acariciar, con implacable resolución, las cuentecillas de azabache. Su fe trataba de rebelarse, a la profunda convicción de que se había quedado huérfana de hijos.

* * *

Aquella mañana límpida, volví a sentarme a sus pies, rememorando los días de mi niñez lejana. Todo parecía igual, el caserón de las palomas siempre a punto de desplomarse, con sus tablas carcomidas por el comején; los pichones sorbiendo el alimento del pico de sus mayores o quizás intentando un primer vuelo, las gallinas perseguidas por el tropel de pollitos, la palma meciendo sus pencas al viento, el olor embriagante de los jazmines y ella en su sillón matriarcal, partiendo el pan duro y lista para contar otra historia.

"De papá, sólo guardo recuerdos tristes. Aquel día acababa de regresar, estaba abatido por la pena, pero su corazón rebotaba de satisfacción, porque la persistencia de su búsqueda había sido premiada.

Venía de unir bajo tierra los restos de sus padres, aquellos que la vida obligó a transitar destinos diferentes, cuál de ellos más trágico. Los había puesto a descansar, bajo esa cruz de hierro que tú tan bien conoces.

Lo veo acostado en su hamaca; me atrae dulcemente con sus brazos y comienza a contarme la historia del sufrimiento de una mujer que peleó sola contra las adversidades, un ser peculiar a la que nunca vio llorar. Ella era su madre y murió una mañana clara, cuando él tumbaba guayabas para sobrevivir. Por fin él podría descansar en paz, porque la promesa empeñada en las fiebres de su agonía había sido hoy, cumplida.

A las once de la mañana, religiosamente, se sentó papá a la mesa para el almuerzo. Apenas había probado el primer bocado, cuando escuchamos un galope tendido. Papá dejó con brusquedad los cubiertos y fue a abrir la puerta, justo a tiempo para ver desmontar a los primeros jinetes. Para nuestra desgracia era la tropa de voluntarios.

El oficial empujó con violencia el enorme cuerpo de mi padre, que cayó estrepitosamente al suelo, volcando en su caída un taburete.

Tan pronto su humanidad pegó la espalda en el piso de tierra, dio un salto, arrancó de cuajo "el machete del General" que colgaba de la pared y le partió para arriba al sorprendido oficial, que apenas se pudo proteger del filo que penetraba por toda su anatomía.

Haciendo un esfuerzo extremo, abrazó a papá con el único objetivo de inmovilizar la mano armada y ese fue el momento que aprovechó él, para hundirle el machete hasta la empuñadura.

Cuando entraron los soldados, el cuerpo inerte del capitán se desplomaba sin vida. Una descarga cerrada de las armas extranjeras, desbarató el pecho de mi padre y su sangre caliente, me manchó el vestido.

Mí madre se lanzó sobre su cuerpo, creyendo que los gritos y lágrimas habrían de devolverle, a aquel cuerpo recio que se desangraba, el soplo de vida que se le escapaba a borbotones por las heridas.

Después nos sacaron de la casa a golpes y patadas. Cuando la carreta bajaba la montaña, entre lágrimas, vi aquella bola de fuego que salía de la que fue nuestra casa. Allí se quemó el cadáver de papá, abrazado al machete que fue su única herencia... Todavía hoy me parece escuchar el crepitar de las llamas, sobre sus ojos luminosos."

La abuela hace un alto en el relato, quizás para recuperar el aliento perdido y enjugar la brillantez de sus pupilas.

"Pasamos el resto de la guerra cerca del cementerio, junto a otros reconcentrados. Allí convivimos con el hambre, el paludismo y la muerte.

Los cuerpos insepultos atraían enjambres de ratas y los enterradores debían pelear duro, para arrebatarse su presa. Eran tantos los cadáveres, que debían esperar en fila para ser sepultados y, muchos, nunca llegaron a serlo. Quizás algún miembro o escasos huesos, blanqueados por los dientes de los perros jíbaros, tuvieron el privilegio de la fosa común.

Pero yo sobreviví, esa desgracia y todas las de mi existencia, pero ya estoy exhausta".

Y arrastrando los pies, la abuela se fue a regar los jazmines con el llanto apagado de la resignación.

* * *

A las tres de la tarde llegó el sacerdote, la abuela me había enviado a buscarlo con la insistencia de su muerte inminente. Era cierto que en las últimas semanas su salud se había quebrantado notablemente, pero nunca llegué a imaginar la certeza de su presentimiento, hasta que vi entrar al viejo párroco para administrarle los sagrados sacramentos.

Su respiración entrecortada hizo que las palabras le brotasen, como un chorro de luz intermitente, al comienzo de la confesión.

_Padre, fue mi culpa, todo fue por mi culpa. La pesadilla comenzó el día que lo conocí. Mamá no resistió las penurias de la guerra y murió. Me quedé sola. Fueron momentos terribles... Todavía recuerdo la mañana neblinosa, en la que atravesé la puerta de caoba bruñida. Allí estaba Doña Ana, en medio de aquella sala que asustaba con tanta riqueza reunida, bellezas de muebles, alfombras, porcelanas, estatuas de bronce y yo temblando, tan solo de respirar el poder que emanaba de aquella figura delgada y pálida. La señora me tendió el uniforme y me llevó a la cocina, allí comencé a trabajar para Don Serafín García, que era el dueño.

Mi poca agraciada figura me resguardó durante mucho tiempo de la mirada libidinosa de Don Serafín; pero, en algún momento, mis formas comenzaron a luchar contra el pequeño uniforme y entonces fue imposible evitar que me asediase, con la constancia de un gallo de lidia.

Una noche me sobresalté con el ligero toque en la puerta de mi cuarto, pues sabía que la familia había salido temprano para la capital. Me cubrí con la sábana hasta la cabeza y, aún así, sentí que alguien entraba y silenciosamente se acostaba a mi lado. Yo temblaba, pero quedé petrificada cuando una mano cálida comenzó a acariciarme en los lugares más recónditos de mi cuerpo. Primero quise gritar, pero después una sensación desconocida me hizo olvidar todo rastro de pudor y el deseo avasallante se impuso. Me arranqué la bata en aquella oscuridad completa y nuestras bocas se

encontraron, sin preguntas ni respuestas. Así, Serafín me hizo suya por primera vez; después pasaron meses de amores ocultos, trasnochados y oportunistas.

Al principio sólo nos movía un deseo inagotable, de carne ardiente que se buscaba hasta en lugares insospechados, pero luego comprendimos que también nos amábamos, cuando llegamos a experimentar esa sensación de pérdida, de angustiosa separación que sólo se experimenta, cuando falta el ser querido.

Un día me dijo que me había comprado una casita y que no quería que trabajase más. Era como una casa de muñecas, tenía el techo de tejas rojas, un portal con flores y pájaros enjaulados, un pequeño estanque para los patos y un palomar debajo de la palma real. Mucho ha crecido esta casa desde entonces.

Siempre me visitaba tarde en la noche, cuando concluía su juego de dominó... así estuviera lloviendo, aunque hubiera ciclón; a veces venía sólo a conversar y se sentaba dichoso a columpiarse en el sillón, mientras fumaba su tabaco. Su única preocupación en aquella época era tener un hijo mío y que más podía desear yo que complacerle.

Esa mañana fue terrible. Me había levantado con un fuerte dolor de cabeza, achacable quizás a una terrible pesadilla, que me hizo despertar de madrugada y no me dejó volver a conciliar el sueño. Estuve dándole vueltas en la cabeza, tratando de hallarle un significado, hasta que poco a poco fue desapareciendo, para darle cabida a pensamientos más agradables y al llegar la tarde, mi ánimo se encontraba enteramente recuperado.

Aquella noche lo esperaba más ansiosa que nunca, le tenía una buena noticia, por eso me senté a esperarlo desde el atardecer y comencé a contar los minutos, como si fuera una eternidad, lo que faltaba para su llegada. Cercana ya la hora, sentí el galope ligero de su caballo y mi vientre se estremeció, entonces vi la llamarada que brotó del recodo del camino y seguidamente una detonación. Me lancé como una loca a su encuentro, pero sólo logré ver al caballo desbocado en una carrera de pesadilla.

A la mañana siguiente, encontraron a la bestia reventada y a él colgando del estribo. Un escopetazo certero le había desfigurado el rostro. Me lo habían matado instantáneamente.

Y empezaron los rumores, a decir que fue por política, que si fue por negocios turbios, que si por líos de faldas, que si para robarle.

Pero, finalmente, el dinero de la familia García se encargó de silenciar las averiguaciones del crimen y todo quedó así por mucho tiempo.

Con aquel dolor quemándome por dentro, parí a mis dos hijos, sus gemelos, que esa era la noticia que el criminal no me dejó anunciarle. Y la vida continuó por su cauce inexorable, hasta que solo me quedó otra cicatriz en el corazón.

Una noche asfixiante, después de acostar a los niños, escuché sonidos de pisadas en el callejón y con cautela entreabré un postigo. Allí, frente a mi puerta, indecisa, estaba Doña Ana. El corazón se me torció en un espasmo de incertidumbre. Abrí la puerta, cuando aún su brazo intentaba un toque. Parecía una visión, de lo pálida que estaba; la invité a pasar y, allí, en el umbral, se desplomó de rodillas. Un mar de llanto le impidió hablar.

Prácticamente tuve que izarla del suelo y, con dificultad, la senté en el mismo sillón donde su esposo acostumbraba a balancearse; luego corrí a la cocina por un poco de agua.

Cuando regresé, ya había recuperado su compostura y las palabras le brotaron de su boca, como escupidas. Parecía temer una imprudente interrupción, que le hiciera vacilar en sus propósitos. Allí me confesó su desesperación, su odio reprimido, sus celos justificados y cómo todo ello la condujo a idear una venganza, que le hiciera justicia a su dolor.

Le aguardó escondida y, a su paso, apretó el gatillo con el pulso contenido y nada de misericordia; cuánto placer sintió al ver el cuerpo desplomarse, sólo que después no tuvo valor para enfrentarse a la soledad de su conciencia.

Cuando terminó de hablar se postró de rodillas, pidiéndome perdón; pero era tanto el dolor y la rabia, que me separé indignada de su contacto asqueroso y la eché por la fuerza de mi casa. La ira que tenía enquistada en el alma me cegó y, de repente, no fui capaz de vislumbrar la terrible consecuencia de mi acción. Luego, un poco más sosegada, comprendí que era yo quien debía pedirle perdón, perdón por todas las traiciones, por arrebatarle su esposo, por destruir su familia, por hacer de su existencia un verdadero infierno, por haberla llevado a tal grado de enajenación, que prefiriera ver a su marido muerto antes que compartido.

A la mañana siguiente fui yo quien la descubrió en la bañera, se había ahogado con la sangre de sus venas abiertas. Yo soy totalmente responsable de esa tragedia, que ocurrió hace ya mucho tiempo, pero que siempre he cargado sobre mi conciencia, como el mayor de los fardos. Yo soy la responsable de esas dos muertes y también, de la suerte que han corrido mis hijos, porque ellos han pagado el precio de mí pecado.

Todo es mi culpa y de esos hechos me he arrepentido toda la vida, sólo aspiro a la misericordia de Dios y que su infinita bondad, permita que pueda yo reunirme pronto con mi hijo. Amén."

Esa noche la abuela recostó la cabeza en la almohada, me atrajo débilmente y me besó en la frente; sus ojos tenían un brillo de paz inexplicable. Luego su respiración se tornó apacible, hasta confundirse con el sueño de paz que siempre deseó, un sueño tranquilo del cual no regresaría jamás.

La noticia de su muerte, me la anunció el revolotear hambriento de las palomas en el alféizar de la ventana. El dolor de su pérdida, me aprisionó en una lúgubre desolación y solo los dramáticos hechos posteriores, pudieron salvarme de la ruina mental.

EL PENULTIMO CRIMEN

Abrió la puerta y de solo entrar, notó que algo en el cuarto no estaba bien. A su derecha la cama recogida, después la mínima mesita de noche con su lámpara ajada y su reloj despertador, no le dieron ninguna pista; después estaba su hija, sentada en el sillón y dándole a beber un biberón, con un líquido amarillento, al bebé de padre desconocido; en la esquina de la habitación, la mesa blanca con la cocinilla de querosén apagada, después el televisor roto, ya ni recordaba cuanto tiempo, sobre él una radio de baterías, ganada por meritos laborales y por último una nevera, también ganada por meritos laborales y pagada con su mísero sueldo. Al ver el charco de agua que la rodeaba, comprendió su desazón.

-También se rompió la nevera-. Dijo, como dándose las de vidente.

-No, solo que hace ocho horas cortaron el servicio eléctrico y por supuesto la leche se agrió-.

Sacó un poco de dinero del bolsillo, lo contó dos veces y lo puso sobre la cama, caminó un paso, hasta sacar los pies del charco de agua y se sentó en la única silla que había. Apoyó los codos en sus rodillas y hundió la cabeza entre las manos.

-Así no se puede seguir viviendo, ya lo tengo decidido, toma ese dinero y sal a ver quien te quiere vender un litro de leche, después recoge algo de ropa para ti y para el niño y estate lista. Voy a arreglar unos asuntos y vuelvo por la tarde a buscarte. Hoy nos vamos de éste mugre de país-.

El metal dormido se estremeció y las máquinas comenzaron a moverse acompasadamente. Así fue como el viejo remolcador inició su lento andar por las contaminadas aguas de la bahía.

Los niños mostraban alegría y curiosidad por la aventura, sus padres hacían lo imposible por controlar aquella euforia que podría delatarles y a los más pequeños, los abrazaban con fuerza, para acallar sus posibles llantos.

Cruzando el canal muchas de aquellas manos se levantaron en silencio, como un simbólico adiós a las luces de la ciudad, que desaparecían hundidas en la noche.

El hambre, la falta de futuro, la tenaz represión, la zozobra del próximo día y el temor a la prisión omnipresente, los obligaba a emprender aquella riesgosa acción.

Pronto la oscuridad se hizo total y sólo el recio oleaje contra el pequeño navío, les advertía del peligro latente. En la bodega, se hacinaban las madres con sus hijos, los ancianos y todos los hombres que no fueran imprescindibles en el manejo de la embarcación. El resto de la tripulación permanecía en cubierta, atentos a las instrucciones.

Sólo habían navegado algunas millas mar adentro, cuando se inició la persecución. No eran las temidas patrulleras, pero sí naves que les excedían en potencia y que estaban en capacidad de poner en peligro, la consecución del escape.

Pusieron todo su empeño en aumentar la velocidad, pero pronto comprendieron lo infructuoso del intento. Los barcos ganaban terreno y tras una breve carrera lograron emparejarse al remolcador. Ya no les quedaba más alternativa que esperar el abordaje y la posterior prisión. Pero esas no eran las órdenes dictadas por el tirano, para ésta ocasión.

La creciente oleada de desertores necesitaba un escarmiento, una señal de alerta, una acción disuasoria que les desmoralizase y allí estaba la oportunidad esperada, como servida en bandeja de plata.

Los perseguidores apuntaron los cañones de agua hacia el pequeño remolcador, que chapaleaba indefenso en la marejada y comenzaron a barrer la cubierta e inundar la atestada bodega. Los gritos de auxilio y clemencia eran apagados por la potencia de los chorros, los que caían al agua eran devorados por el oleaje y los tiburones.

Pronto la embarcación comenzó a escorar. Sus motores silenciosos claudicaron impotentes, pero los gritos rabiosos de las madres, que a duras penas habían subido a la cubierta, lograron el extraño efecto de exaltar aún más, el odio y el enojo de los agresores, que estaban dispuestos a concluir su tarea de cualquier manera.

Uno de los navíos se adelantó y, de una maniobra brutal, envistió con su quilla de acero la proa del remolcador, que se quebró con un estertor de maderas astilladas y cuerpos humanos deshechos. Después, como si eso no bastase, comenzaron a girar en círculos, provocando un remolino monstruoso.

Así, finalmente, creyeron culminar su macabra misión. Confiaron al mar, el sucio trabajo de reventar los pulmones de aquellos seres inocentes.

Las lanchas guardafronteras llegaron cuando todo había concluido y entonces, rescataron a los pocos sobrevivientes, que aferrados a una nevera vacía, se negaban a morir.

Ellos, primero trataron de ahogar en el silencio, la verdad que gritaban a los cuatro vientos aquellos náufragos, luego se limitaron a repetir que todo había sido un "terrible accidente".

Y la mentira se hizo verdad y pasaron los años y el mundo olvidó, pero los infelices que vivieron el horror de la pérdida, sostienen a duras penas su existencia, con la esperanza de que la verdad saldrá a flote algún día, para culpar a verdugos y cómplices.

Mientras tanto, se seguirá asesinando con impunidad, ante la mirada indiferente de los que prefieren no ver.

LOS ELEGIDOS

El sacerdote rezaba sus oraciones de mediodía, en la tranquilidad del convento. Eran súplicas que se diluían en una atmósfera saturada de olores antiguos y del bochorno tropical. Le pedía a Dios por el bien de su rebaño, paciencia para aquellos que ya habían perdido toda esperanza y una pizca de luz para los que andaban en tinieblas. Se sobresaltó, cuando inesperadamente tocaron a la puerta.

Hombres armados, vistiendo el omnipresente uniforme militar, a empellones, violaron el sagrado recinto, lo arrojaron al piso cual vil criminal y con el frío cañón del fusil, casi penetraron su espalda a través de la sotana.

Después de una requisa humillante, lo hicieron caminar entre los gritos y abucheos de la multitud congregada en la calle. El sol hería sus ojos, más que los arcos de luz de las cámaras. A su diestra estaba el rostro resignado de un hombre desconocido, con las manos esposadas.

Luego de un ridículo espectáculo televisivo, con más de circo romano que de juicio público, entró a la prisión como un traidor más. Apenas podía percibir la magnitud de la cruz que ponía Cristo en su camino. Ya ni siquiera recordaba cual día de la semana era, pero sí que unos amigos le esperaban.

En el confinamiento el tiempo no transcurre, apenas se tiene una sensación de pérdida. Su cuerpo vejado resistía la tortura con estoicismo, pero cada día era una batalla el mantener en equilibrio la balanza de la lucidez.

Entonces asumió, con humildad su rol de pastor de almas, comenzó a bautizar, a celebrar la santa misa, a predicar la salvación, a confesar caminando por el patio los escasos días de sol permitidos y a andar casi siempre semidesnudo por los rigores de su compromiso como plantado.

Sabía que era una ofrenda modesta, pero sacrificaba hasta su ínfimo alimento, hurtado al hambre crónica, para celebrar aquel ritual que seducía hasta los más bárbaros de sus verdugos.

Sólo predicaba amor y perdón, aunque ésta última palabra tuviera que arrancársela del corazón, para ablandar la rabia enquistada en la mente de sus hermanos. Asumió la soledad del condenado a muerte, sufrió el silencio de las celdas tapiadas, la vergüenza de la desnudez por principios, contó los breves segundos que separaban las ráfagas del pelotón de fusilamiento, del infaltable tiro de gracia y lloró el desconsuelo de las madres y el desamparo de los huérfanos.

Transcurrieron décadas y un día volvió a la calle. Una calle desconocida, en una ciudad extraña, en un país marchito, temeroso e intolerante. Ese día comprendió que la libertad no significaba necesariamente andar sin cadenas y añoró la virilidad de un presidio por ideas. Por aquel entonces comenzó a llorar en las noches, porque solo Dios le escuchaba.

* * *

“La Sombra” era el jefe de la guardia presidencial. Aquel hombre poseía una impresionante hoja de servicios, que comenzaba en los tempranos avatares de las manifestaciones universitarias, la lucha clandestina y la guerrilla; luego transitaba con brillantez por las duras jornadas represivas del triunfo revolucionario y culminaba, con total éxito, en la resaca de la subversión y las guerras internacionalistas.

Sus méritos alcanzaban hasta el selectivo honor de Héroe de la República, conseguido gracias a su vocación suicida, su verticalidad asesina y la sumisión incondicional al régimen.

Se había convertido en un apéndice imprescindible de la figura del dictador. Era la representación más ruin dentro del corro de aduladores profesionales y fue entre ellos que se originó el mote de "la Sombra" porque, según ellos, su imagen reflejaba los mismos tonos negros del patrón.

Todos se acostumbraron a verlo, como la imagen multiplicada del poder y su brazo ejecutor. En cada ceremonia, pública o privada, su cuerpo protegía la senil figura del tirano que, embutido siempre en su infaltable uniforme antibalas y anti-ideas, bregaba por atraer la atención de los estúpidos, con sus teatrales poses de libertador rebelde.

"La Sombra" era capaz de soportar estoico, aquellos maratónicos discursos o las aburridas reuniones con ministros, consejeros, periodistas o curiosos visitantes, donde solo él hablaba, en largos monólogos de iluminado; compartía aquellas infinitas noches de desvelos culpables, sus alucinaciones torturantes, sus demenciales borracheras, sus tumultuosos placeres de aberrado y, sobre todas las cosas, le consolaba en su miedo paranoico de morir asesinado.

Los rumores llegaron incluso, a hablar de una relación torcida entre jefe y subordinado, pero lo cierto es que era el único hombre que poseía el privilegio de penetrar armado, la pared de su seguridad personal y nunca el tirano se sintió más protegido, que con su presencia constante.

* * *

Le decían el predicador, vestía de negro antiguo, como para contrastar con su piel, que poseía ese color que da el vivir en lo oscuro. Andaba con un sombrero pasado de moda y todo él olía a tabaquería, a pescado crudo y a polvo de factoría.

Aquel hombre surgió de la nada, su nombre era anónimo y su historia una interrogante. Nadie lo había visto nunca antes, aunque en su rostro había algo familiar que confundía a todos.

Nadie supo explicar cuando arribó a aquella orilla lejana, solo reconocían que como un alucinado se les fue metiendo, primero en sus viviendas y después en lo profundo de sus corazones. Su verbo, poderoso y disuasorio, se fue abriendo paso en toda la comunidad y comenzaron a caer las máscaras de egoísmos, rencores y desconfianza.

En sus discursos ardientes, no hablaba del ayer, ni del presente, sólo hablaba de conquistar una quimera perdida por el miedo y la ambición. No pedía dinero ni armas, sólo corazones dispuestos al sacrificio y a la entrega total.

Ni los detractores de oficio, ni los divisionistas de siempre, ni los suspicaces de cada día, ni siquiera los escépticos, fueron capaces de levantar la voz en su contra. A un lado quedaron las viejas rencillas, los odios ancestrales, los intereses ocultos, las divergencias políticas y por fin se logró el ansiado milagro del consenso general, por siglos deseado.

Los millones de seres que sufrían el exilio en los confines del mundo, se entregaron sin reservas en las manos de aquel profeta, que tan solo les ofrecía el regreso a la ribera de la patria.

En la convergencia de los miles de caminos del destierro, se concentraron. Eran kilómetros de una playa humana que se estremecía, con el himno ancestral de lucha por la libertad. Sobre las olas, aguardaban las embarcaciones listas para realizar el sueño.

En silencio se hicieron a la mar. Iban familias enteras que dejaban tras de sí sepulturas vacías; porque hasta las cenizas fueron retiradas de los cementerios, para aquel regreso tan largamente añorado.

Las columnas de buques enfilaron hacia el sur y así fue como se inició el éxodo real. Un éxodo inducido de generación en generación, que fue incubado en las células más profundas de cada ser, y que ahora despertaba con esta posesiva convicción, de recuperar no solo las raíces, sino la tierra donde enterrarlas.

La noche, negrísima, batía el rostro de aquellos seres que rezaban con fervor a la virgen, para que les concediera el prodigio de ver su tierra por última vez, antes de morir.

En el primer navío, como un espectro doblado por el sufrimiento, aquel hombre de mirada dulce se preparaba para el sacrificio de su vida. Hoy, de nuevo, volverá a cabalgar sobre el fantasma de su noble ideal.

A escasas millas de la costa, las unidades navales del régimen bloqueaban la entrada a la bahía, como un cinturón profiláctico, y el malecón a oscuras, era un enorme cactus, erizado de piezas de artillería prestas a la masacre.

Los potentes reflectores, se entrelazaban en el cielo y barrían el mar, mientras el arcaico faro vigilaba todas las rutas de acceso que conducían a él.

Cuando estalló el tradicional cañonazo de la hora, avistaron a los primeros barcos de la flota. La confrontación final estaba por comenzar.

CAPITULO VI

Una pequeña llama puede provocar una enorme explosión, sobre todo si ese pequeño fuego esta rodeado, por material altamente combustible y eso mismo era la ciudad y todo el país en esos momentos, un enorme polvorín aguardando por una chispa.

Un silbido en la madrugada, era la señal. En silencio se levantó, se puso la camiseta agujereada y los tenis que algún día habían sido de marca, se peinó con los dedos, abrió la puerta y echando un vistazo a lo que dejaba atrás, bajó las escaleras, perseguido por los ronquidos de su padre.

-¿Lo trajiste?-.

-Sí, y el que conseguí es nuevo, dicen que es el mejor-. Le dijo en susurros, mientras le mostraba algo envuelto en un periódico.

-Pues vamos, que nos coge la mañana en esto-. Y salieron con paso rápido, hacia donde la oscuridad de la ciudad era total.

Después de atravesar callejuelas empedradas, palacios apuntalados y jardines de chatarra, exquisitamente adornados con estiércol humano, llegaron a las ruinas del callejón.

De día los contornos eran más suaves, la pared lisa se podía acariciar, hasta se veían claramente las nervaduras del reciente derrumbe, pero de madrugada la sensación era macabra, el reflejo de las ratas que ascendían por las vigas expuestas, les infundía temor. Pero las razones por la cual estaban allí, a esa hora, no admitían ni temores, ni fobias.

Extrajeron el spray de pintura, oculto en el periódico, y comenzaron su peligrosa tarea.

Las balas despertaron a los vecinos, en medio del sueño. Por los postigos abiertos al terrible calor y los balcones ocultos por la maleza, se asomaron con curiosidad, solo para ver incrédulos el drama que se desarrollaba a sus pies.

Un enjambre de policías, tenía acorralados a dos jóvenes en el callejón. Entre los haces de luz, que brotaban de las linternas, se podía ver la brutal golpiza. Les golpeaban con bastones, con manoplas de hierro, con cabillas envueltas en goma, con las botas de punta aceradas; les golpeaban en las costillas, en el rostro, en los genitales, en sus cabezas destrozadas, en sus oídos estallados, en sus narices reventadas. Hasta que por fin, una madre anónima no aguantó más ver tanto ensañamiento, y gritó:

-Basta ya, asesinos-. Y como sacados de un trance hipnótico, toda la barriada comenzó a repetir el mismo grito y otros epítetos más fuertes.

Los arrastraron por los pies, sobre las montañas de escombros, los charcos de aguas fétidas y los limos de los detritos albañales. Como vulgares sacos de papas, los arrojaron dentro de un carro jaula. Y se marcharon a toda prisa.

Los primeros en ver el letrero fueron los ancianos, que no dormían con tal de ser los primeros en las colas, para así poder vender sus puestos, ellos lo vieron pero no lo comentaron; porque querían morir en paz. Después lo vieron, aquellos privilegiados que aún tenían trabajo y madrugaban para tener un sitio en las colas del transporte, ellos viraron el rostro hacia el otro lado de la calle, no fuera que alguien delatase su risa nerviosa. Justo con el primer rayo de sol, salieron las amas de casa, en procura de alimento para el resto de la familia, ellas lo vieron y sus corazones se oprimieron. Los últimos en verlos fueron los niños, que habitualmente jugaban en el callejón, ellos lo corearon una y otra vez, hasta que las madres temerosas, corrieron a encerrarlos dentro de los hogares.

El letrero no era muy grande, pero la brillantez de la pintura y lo explícito del texto, impresionaba. Faltaba la última letra, fue en el instante de escribirla, cuando fueron

descubiertos y la acción fue frustrada, pero allí estaba el letrado provocador, convirtiéndose en partícipe del desafío, a todo el que le leyera.

Al mediodía todos quedaron sorprendidos, al ver que la letra faltante había sido toscamente agregada.

A las tres de la tarde, la funeraria estaba repleta de dolientes, curiosos y soplones. Todos esperaban los cadáveres de dos jóvenes, que según la policía, “habían fallecido en un accidente de tránsito”, la madrugada anterior. Pero era inútil que lo ocultaran, ya todos en la ciudad sabían la verdad.

* * *

Es de noche, como una catacumba permanece la iglesia, toda en tinieblas, el altar está débilmente iluminado por velas y el sacerdote memoriza los pasajes del libro que no alcanza a ver. En un costado del púlpito, la imagen de la virgen es sacada de su nicho y sostenida por brazos jóvenes, en las andas de madera especialmente preparadas para la procesión.

Un murmullo de alegría recorre todo el templo antes de ser opacado por la música del coro, a la que se va sumando todas las gargantas, o casi todas, porque en la galería también hay hombres con las intenciones más negras que las tinieblas que provoca el corte eléctrico.

La canción concluye. El sacerdote se incorpora y avanza hacia el centro del altar. El silencio se torna ahora pegajoso, tangible, subyugante:

_Hoy vamos a desobedecer la orden del tirano. La virgen va a salir de su obligada clausura, para volver a pasear por las calles y con su manto va a expulsar el miedo de esta noche interminable. Basta ya de crímenes absurdos, no más vidas adolescentes tronchadas por el odio.

Sí, vamos a salir, no nos importan las consecuencias de nuestros actos, porque vamos a estrechar a esos corazones, que sangran la muerte de sus seres queridos, a esas almas heridas, que claman justicia. Así lo haremos, gústele a quien le guste y pésele a quien le pese. Que Dios y la virgen nos colmen de bendiciones y nos protejan. Amén-.

El sonoro amén es seguido por una atronadora salva de aplausos, que estremece el congestionado templo. Los jóvenes levantan la imagen y ocupan sus puestos tras el sacerdote que, incensario en mano y escoltado por dos seminaristas con cruces de madera, abre la procesión.

Detrás de la virgen marchan, las ancianas de ojos húmedos, los huérfanos de todas las guerras, los mutilados de la represión, los torturados, los hombres y mujeres que tiemblan de rabia e impotencia, por tantos años de injusticias, y les sigue toda una generación decidida al cambio, y todos avanzan como un solo cuerpo.

El paso de la imagen es celebrado con una lluvia de flores, pero al llegar al portón colonial, un grupo de hombres armados obstruye la salida. Con las armas en las manos y gritando órdenes conminatorias, tratan de hacerlos retroceder; pero ya no hay lugar para sicarios, porque ya su tiempo a pasado y por eso es que son literalmente, aplastados por la muchedumbre decidida. Sus gritos son acallados, por los cánticos religiosos y los vivas a la virgen.

La imagen religiosa, es sacada a la plaza y el clamor de la multitud, enardecida por la primera victoria, comienza a escucharse en toda la ciudad, incluso más allá de la bahía.

En la funeraria, con la llegada de la noche, se reaviva la realidad de la pérdida, con el dolor extremo de las entrañas deshechas, las madres se abrazan a los féretros sellados, sus lágrimas resbalan sobre aquellos cajones ajenos y sus gritos rebasan, el mínimo espacio del local.

En un ataque de histeria, una de ellas comienza a golpearse la cabeza contra el ataúd, los presentes tratan de controlarla, pero en el fragor del forcejeo lanzan al piso, el

burdo cajón. El impacto hace que los cierres se salten y muestren con crudeza, el contenido. Entonces fue que todos vieron, en aquel amasijo irreconocible de materia humana, el tamaño del crimen cometido, por las fuerzas represivas.

Una multitud enardecida, salió de la funeraria a la calle, dispuesta a tomar por la fuerza la estación policial y a vengar el terrible asesinato. Llevaban los ataúdes descubiertos. Para que los incrédulos de siempre creyeran, para que los que todo lo justificaban, se quedaran sin excusas, para el que dudara, metiera sus dedos en los orificios, por donde pasaron los tiros de gracia.

En el parque se mezclaron las dos procesiones, y los cadáveres de los jóvenes, pasaron a encabezar la marcha. La chispa había saltado.

El ulular de los carros patrulleros, como el siseo de la serpiente que se retuerce nerviosa en su cubil, avanza por las principales arterias de una urbe negra y temerosa. Junto a los vehículos policiales, llegan las unidades especiales del ministerio del interior y las turbas paramilitares vestidas de civil y, como siempre, llegan golpeando.

Para reprimir usan palos, cabillas, tuberías, cadenas, barras de hierro, bates de béisbol; para ellos cualquier cosa capaz de hacer daño, es buena.

Pero extrañamente la gente no sale en desbandada, no se atemoriza, no sale corriendo, no huye despavorida a ocultarse, como estaba previsto; por primera vez hay resistencia y ahora, extrañamente, los cánticos religiosos se transforman en gritos, unos de dolor, otros de coraje, otros de desafío, pero gritos al fin.

La marcha sigue su implacable caminar, ya no están muy claros los propósitos, pero siguen adelante, el dolor y los primeros disparos, no los detienen. Los adoquines de la plaza van tiñéndose de rojo, pero nadie retrocede. Por las calles laterales sigue llegando una muchedumbre enardecida y dentro de ella llegan también, los primeros luchadores y éstos vienen preparados para dar la batalla.

Vuelcan los carros policiales, les arrojan cócteles molotov y les prenden fuego, lanzan piedras y botellas en llamas contra los paramilitares y por último, se enfrascan en

una lucha cuerpo a cuerpo, donde se arrebatan las primeras armas y la iniciativa en la lucha.

Desde los edificios circundantes se les lanza a las tropas agua hirviendo, macetas de flores, bloques de cemento, vigas de madera y cualquier objeto contundente, que les haga desistir en su empeño represivo. Alguien tiene la grandiosa idea, de hacer sonar sus cacerolas a modo de protesta e inmediatamente su ejemplo es imitado, por los que combaten desde los balcones. Esa es la alarma que despierta a la ciudad, de su largo y bochornoso letargo.

Todos se lanzan a la calle, a luchar por su dignidad menospreciada, para dar escape a sus odios reprimidos, para descabezar la hidra de sus hipocresías, para de una vez por todas, decir “basta ya”. Los cómplices del régimen, comienzan a perder el control de la situación, inclusive ya algunos corren a ocultarse; porque presienten que el final se acerca.

Mientras, en alta mar, quieren hacer retroceder la expedición con altavoces y disparos al aire; pero la resolución de sus actos les cambia la opinión. Entonces abren fuego sobre las embarcaciones, sobre los ancianos, los niños, sus madres y todos los hombres y mujeres que les desafían en silencio.

Ellos sólo recogen a los muertos y heridos, para poder ocupar el espacio que dejaba su ausencia. Las lanchas rápidas, que van delante dirigiendo la travesía, tratan de burlar el cerco y, las pocas que lo logran, son agredidas por las piezas de artillería, ubicadas en la costa.

A la orden de avanzar hasta la muerte, el millar de embarcaciones embisten el perímetro y como un puño, aplastan cada vértice de la férrea defensa. Y ya nada puede impedirles que cumplan con sus propósitos. Entonces ven con ojos incrédulos, como la ciudad arde.

Y es que en ella, todo el andamiaje militar y paramilitar está siendo destruido. Las tropas desmoralizadas, permiten que se rompa el falso equilibrio, de la batalla irregular y ya se habla de deserciones masivas.

El caos es general, cuando se dispara un arma, es imposible volver a cargarla y es que a pesar del bloqueo de las principales arterias por carros blindados, la gente continua llegando, vienen de las barriadas populares, de las eternas cuarterías, de las ciudadelas de lata y cartón, de los basureros; de cada rincón de la ciudad fluye una corriente humana, que intimida por su decisión de morir; vienen a relevar a los caídos y a seguir arrebatándole las llaves de la libertad, a una milicia desconcertada y agonizante.

Ya arde todo el convoy militar y las llamas amenazan, con enseñorearse en los negocios saqueados y las edificaciones próximas. Los refuerzos paramilitares son detenidos, en improvisadas barricadas y las tropas antimotines, rechazadas por niños que lanzan piedras y botellas en llamas; son criaturas que combaten solo por el placer de sacarse la rabia y no imaginan que su único premio pudiera ser, un puesto entre los ángeles.

El estruendo que produce una columna de tanques, se deja escuchar en su apresurado avance por la autopista, pero ellos también son contenidos, esta vez por un centenar de mujeres que bloquean suicidamente su paso.

Un oficial sale del blindado que dirige la marcha y las conmina a deponer su actitud y evacuar la avenida, so pena de ser aplastadas por la "justicia revolucionaria". Su propuesta es recibida con ese desgano, propio de los destinados a la muerte inminente.

Entonces aquel militar comete el absurdo error, de extraer aparatosamente el arma de reglamento y vaciarla contra las indefensas sitiadoras.

Es como si una colmena le estallara en el rostro. Saltan como fieras, con las uñas trepan la inmensidad del tanque y el hombre apenas puede intentar un repliegue salvador. Pero es demasiado tarde; las manos, cual garras, lo atenazan en todo su físico y lo hacen víctima de una muerte vergonzosa. Allí se decidió el rumbo de la rebelión.

En la plaza de la vetusta catedral, son miles los muertos de todas las razas, sexo y edad. Escarbando entre la montaña de cadáveres, unos niños encuentran la imagen de la virgen. Tiene el manto teñido de sangre y a su lado, con el pecho desgarrado por la metralla, está el sacerdote que, aún después de muerto, trata de proteger con su humanidad malograda, la pequeña escultura de yeso. Los niños levantan la imagen venerada y llenos de júbilo parten hacia donde la batalla es más cruenta.

Toda la ciudad es un cuadro dantesco. Entre las tinieblas, las explosiones y las esporádicas rachas de luz que emiten los reflectores, se ven cuerpos mutilados colgando en los postes de alumbrado, en los árboles o simplemente pataleando hacia el vacío desde los enrejados balcones.

Las estaciones policiales son saqueadas y luego incendiadas; los lujosos hoteles, de uso exclusivo para extranjeros, son metódicamente destruidos y algunos de sus inquilinos, oportunistas y cazadores de sexo barato, perseguidos por las turbas desenfrenadas. Los cuarteles, las embajadas, las viviendas de los traidores, de los delatores, de los verdugos, todo parece bajo una marea de fuego purificador y la violencia desencadenada, por un pueblo hastiado de oprobios y sumisión.

Ya los blindados han cambiado su objetivo y ahora avanzan hacia la madriguera del tirano que, en un postrero e infructuoso esfuerzo, lucha por hacer despegar la aviación.

Próximo ya el amanecer, una noticia se transmite de boca en boca. El tirano ha huido.

* * *

En la intimidad de la habitación, el general se revuelve entre las sábanas.

"Yo estoy muerto, por lo menos eso dicen los especialistas. Todo está en esperar. Ya los dolores me dan la señal intermitente de su proximidad. Ya decidí ahorrarme la etapa final.

Me hundo en el colchón y cierro los ojos, para hipnotizarme con las tinieblas de mis párpados y recorrer la vida que, aún por pocos instantes, poseo.

Veo una palma real que se alza solitaria sobre una loma. No hay otro árbol en millas a la redonda, sólo hierbas reseca y retazos nacientes de marabú. Todavía se notan los estragos de la dinamita que arrasó con el viejo palmar.

Esta reliquia, imperturbable ante los rayos del sol, nos protege, nos cubre con su escasa sombra de pencas danzantes. A mi lado, de pie siempre, mi hermano me alienta a seguir hacia un ilusorio destino final.

Me incorporo agotado, tomo mis mangos apolismados y echo a andar, mirando siempre hacia abajo, hacia el trillo oculto por la maleza, esperanzado de que al levantar la vista veré, por fin, algún indicio salvador. Pero sólo veo el saco de fruta supurante, en la espalda de mi guía y escucho su voz nombrando árboles y fincas arruinadas.

Ajeno estoy de todo, de animales, de frutas aseguibles, de nidos caprichosos; ignoro todo lo que no sea llegar; hastiado de toda excursión, exhausto de caminar entre terrones de tierra sedienta, yo más sediento que ella. Suplico un alto más, una racha de brisa, un pedazo de nube que oculte, amable, éste sol castigador.

Y levanto la vista, una vez más, y sin creerlo aún, descubro las primeras casas: hemos llegado y corro en pos de un poco de agua. El brocal del pozo me aguarda solitario y deseable. Me provoca la frialdad de su contacto, descorro su cubierta de yaguas secas y me asomo en su espejo de agua. Creo verme reflejado, pero me equivoco, no soy yo, es él.

Es mi hermano, lo reconozco por el agujero en la frente y por su sonrisa cálida; a su lado está mamá, con esa mirada de dulce compasión. Y agudizo mi visión y también me veo, no como un reflejo difuso, sino como una sombra que envuelve sus espectros.

Y del fondo de la poza brota el vendedor de fritas, me extiende la bolsa de papel, chorreando la grasa de la fritura y dentro se siente el cañón frío del arma y el vendedor me sonrío, con su risa cínica de dientes ausentes, pero tú ya ascendiste por la escalera y ya abres la puerta del apartamento.

No sé como, pero ya estamos dentro del closet, el sudor me empapa y el nudo en el pecho no me deja respirar, sin embargo tú sigues igual de calmado, yo siento que todo mi cuerpo se estremece y tiembla, pero tú solo haces la señal de silencio con el dedo en la boca, que absurdo si yo estoy petrificado por el miedo.

Ya están adentro, en la habitación, ya veo por las rendijas del closet, como el capitancito se quita la pistola y la pone sobre la mesa de noche, a ella solo la oigo ronronear como gata en celo, te miro pero haces señas de todavía no y volvemos a observar. Pero ahora son dos cuerpos desnudos los que retozan en un mar de sábanas blancas, escucho sus jadeos, sus suspiros, sus gritos de placer, y de pronto me aprietas el brazo y sin creerlo estoy frente a ellos, mi pistola apunta la cabeza del torturador pero mis ojos, recorren el cuerpo de ella, sus senos me hipnotizan, su cintura me atrae, sus caderas me confunden y aunque nunca me creíste, no veo el movimiento que hace la alimaña para rescatar su arma de reglamento, porque yo sigo encandilado con la visión de la mujer desnuda, porque estoy mirando su rostro asustado y porque solo salgo del trance, cuando veo el resplandor que sale de tu revólver y escucho el disparo.

Entonces vuelvo mi vista para verlo, la mano ha quedado inmóvil en su desespero por asir la pistola, la almohada es un lago de sangre y su cara desfigurada, ahora es una desagradable mueca. Pero mis ojos se vuelven obedientes a mirarla a ella, ahora en un rincón y dando gritos histéricos.

Gracias a Dios que estas ahí, que me empujas, que me arrastras por corredores y azoteas, por callejones y ciudadelas, y que me tiendes tú sonrisa comprensiva, cuando ya estamos a salvo.

Pero aún aquí, en este cuartucho vacío y oscuro, junto al frenético repiquetear de las sirenas, sigo escuchando sus alaridos de mujer sufrida.....

El murmullo lejano lo va despertando del sueño intranquilo. Aquello es, como una cascada, como un terremoto que descuartiza a la ciudad; se asoma a la ventana y entonces ve las llamaradas de aquel agosto ardiente, danzando sobre el sonido interminable del teléfono.

Aprieta el arma y sale a la calle. El chofer apenas tiene tiempo, para explicarle los precipitados acontecimientos de la noche. Mientras ruedan por las intransitables avenidas, rumbo a la guarida del tirano, ve los racimos de cadáveres que como péndulos macabros oscilan al viento; otros, con menos fortuna, arden como antorchas. Eluden las barricadas, donde aun se pelea, a tropas del ejército que luchan entre sí, a tanques que demuelen cuarteles a cañonazos y con los faros del jeep apagados, se internan por callejuelas desiertas, donde solo se escucha el fragor de la batalla.

Por fin, logra llegar al sacrosanto refugio del poder en desgracia. Allí todo es caos y desaliento. En los pasillos del subsuelo se agolpan, como moscas, hombres y mujeres con sus maletas y bultos recogidos a toda prisa. A empujones y con el arma en la mano, se abre paso entre la multitud que le llora y suplica un medio de escape. Son como cerdos ante el matarife.

Los escoltas, armados hasta los dientes, se cuadran militarmente y le facilitan el acceso.

_ ¿Dónde está? Pregunta con la autoridad del mando.

_Lleva horas encerrado en el baño y tememos lo peor-. Responde un gigante, guareciéndose en la seguridad de la penumbra.

_No se preocupen, yo me encargo-. Dice, rompiendo de una patada la puerta.

Entonces lo ve. Lloro, como un niño suplicante, la espuma le cae sobre la barba y el cuerpo se le estremece en convulsiones de pánico.

La bestia, trémula, se incorpora y con la diestra parkinsoniana, dirige la pistola hacia un punto lejano en la pared, mientras la mano libre no consigue su propósito, de rescatar el pantalón que le enreda los pies. El miedo le libera los esfínteres y la orina comienza a inundar el casi transparente suelo, entonces intenta desesperado una huída, pero se lo impide la bola de fuego que le destroza la cabeza y esparce los sesos por el baño de mármol.

Los hombres de la guardia contemplan el espectáculo, incrédulos, petrificados por las náuseas y el terror. Es como un espantapájaros deforme que se desparrama por la pared, tratando de asir con sus afeminadas manos, la vida que se le escapa a borbotones.

Mi tío se arranca una flema sanguinolenta, de lo profundo de su garganta y lanza el escupitajo contra el cadáver, luego guarda el arma humeante y se abre paso entre el tumulto de cobardes desconcertados.

Deja tras de sí, al lúgubre perro de su conciencia culpable. Una fiera que, desafiante, sorbe la sangre de sus generaciones hambrientas, a horcajadas, sobre las entrañas del monstruo decapitado.

Las palomas me dieron la alarma, sentí su frenético aletear en medio de las explosiones y a ellas achaqué el volar errático de las aves, pero no, me equivocaba, no eran las explosiones, ni el rasante vuelo de los aviones. Era el cuerpo sin vida de mí tío, que se balanceaba colgado de una cuerda del techo del palomar. Dios me perdone, pero no sentí lastima de él.

* * *

Los tanques escalan frenéticos, la explanada del palacio. Con sus orugas trepan la escalinata y enfilan sus torretas artilladas hacia el edificio.

Allí están atrapadas las fuerzas élites del Ministerio del Interior, los guardaespaldas, los torturadores más connotados y los privilegiados más notorios de un régimen que se desploma inexorablemente.

Desde los pisos superiores y la azotea, abren fuego los desesperados, los que ya no pueden retroceder más y los blindados repelen la agresión, como únicamente saben hacerlo, a puro plomo.

Los proyectiles inician su metódica tarea de destrucción. Y tan solo necesitan unas horas, para que la imponente fortaleza, quede reducida a escombros de metales retorcidos y mármoles humeantes. Luego fue una labor fácil, dinamitar todo aquel laberinto de túneles, que se extendía como raíces podridas de un árbol, debajo de la ciudad muerta. Demás está decir que no hubo sobrevivientes

- El amanecer es una certeza, cuando una marejada humana comienza a escalar los arrecifes. Trepan por encima de la nata de cadáveres, que como esporas, flotan en las aguas corrompidas y, como una sola mano, estrangulan al reducto de sicarios que protegía el malecón.

Así claudica el último bastión de un régimen, que desaparece simultáneamente con las tinieblas, de una era de terror.

Todo pudo ser una pesadilla, pero las lágrimas derramadas hablan de una tragedia, del suplicio de unas heridas, que quizás ni el tiempo sea capaz de cicatrizar; porque han

sido muchos los buenos que quedaron en el camino, para que mi historia pudiese ser escrita.

FIN